



Berta Elena Vidal de Battini *
(República Argentina)

El camino del cielo. Varias Versiones

La carta (Salta)

Dice que una vez un changuito se ha anoticiado que un señor necesitaba uno para que lleve una carta a una señora que vivía muy lejo. Como el changuito era muy alentadito y le gustaba el trabajo se ha presentado al señor. Entonce el señor le ha dicho que si no tenía miedo, que era muy chico, que le podía pasar algo. El changuito le ha dicho que él quiere ayudar a su mama y a su tata que eran viejitos, y que él está acostumbrado a andar por los cerros y por todos lados. Y que el señor le dice:

-Bueno, pero mirá, vos te vas a ir con este perrito -que le dice-. Vos lo tenís que seguir al perrito, que sabe bien el camino. Ande él vaya áhi tenís que ir vos.

-Sí, señor -que le dice.

-Vos vas a llevar esta carta, pero veás lo que veás, no quieras hacer nada. Vos, pande él va, vos vas. Si el perrito no se para, seguí no más. Ite, ite no más, veás lo que veás. Por donde pase el perrito vos vas a pasar.

-Sí, señor -ha dicho el changuito.

Bueno, le ha dado la carta y ha salido. Y el perrito ha ido adelante. Ha encontrado un río de agua. Parecía que no podía pasar, pero el perrito ha encarado y ha pasado y el changuito tras del perrito. Ha encontrado un río de leche. El perrito ha pasado y el changuito di atrás. Ha encontrado un río de sangre. 'Taba muy asustado el changuito, pero ha pasado el perrito y di atrás no más él también ha pasado. Más allá encuentra una pelotera de perros que 'taban peliando, que parecía que ya se iban a matar. Y él había intentado separarlos, pero como el perrito seguía no más él tuvo que seguir igual. Más allá va y encuentra unos que 'taban ataus de la lengua con un alambre, que 'taban colgaus. ¡Uh!... Ya intentaba sacarlos, pero si acordaba que el señor li había dicho que por nada se quedara. Y el perrito seguía no más y él tenía que seguir. Más allá encuentra dos peñascos muy altos que se juntaban y chocaban. Y pasaba el perrito. Él no podía pasar y dice:

-Y... ¿qué hago? -decía-. ¡Cómo voy a pasar! Estas piedras me van aplastar...

Y cerró los ojos, si acordó lo que le dijo el señor, encaró... Y en ese momento se abrieron las piedras y pasó. Casi lo aplastan. Al ratito no más se dio cuenta que había llegau ande tenía que entregar la carta. Era un lugar muy lindo. Una casita rodiada de flores. Y cantaban los pajaritos. Y todo era lindo. Y llegó el perrito y se echó a la sombra de los árboles. Y

salió una señora muy linda y le entregó la carta. Y la señora, cuando que había entregau la carta le dice, muy cariñosa:

-Pasá, changuito, quedate un rato.

-No -que dice-, tengo que volvé en seguida.

- No, quedate -le dice-, ya te vuá servir una cosita que comas, has andado muchas leguas sin comer. Te tenís que llenar y te vas.

Entonce agarra la señora, le sirve una tacita con leche y un pedacito 'i pan. Entonce cuando vio todo tan poquito, pensaba entre él, dice:

-Qué vuá hacé con esto. Di un trago lo como. Qué me vuá llenar.

Y lo recibió y empezó a tomar la leche y a comer el pedacito de pan. Y tomaba la leche y comía el pancito y siempre 'taba lo mismo, no se acababa. Bueno, se llenó y le sobró toda la leche y el pancito.

179

-¿Por qué no dormís un ratito -le dice la señora- y te vas descansadito?

-No puedo, señora -le dice.

Pero 'taba tan cansado que se sentó y se quedó dormido. Bueno, lo despertó el perrito. Bueno, entonce, tenía que volver ya. Y se volvió con el perrito. Atrás del perrito siguió. Entonce, cuando volvió, encontró otra vez las piedras grandotas que se golpiaban, los que 'taban colgado de la lengua, el río de sangre, el río de leche, el río di agua. Tenía miedo de pasar, pero pasó todo bien. Al fin llegó onde 'taba el señor. Entonce le preguntó el señor:

-¿Entregastes la carta?

-Sí, señor. La señora me dio una tacita de leche y un pedacito de pan; comía y no se terminaba nunca. Y dormí un ratito.

Entonce le dice el señor, que era Dios:

-Esa Señora es Nuestra Madre, la Virgen María, por eso lo que te dio no se terminaba cuando comías. No has dormido un ratito, has dormido muchos años, pero allá todo es como un milagro. Mirá, vos eras un changuito y ahora sos un joven. Ya te vas a dar cuenta. ¿Qué has visto por el camino?

-Vi un río de agua muy grande. No mi animaba a pasar, pero pasó el perrito y pasé yo.

-Ésas son las lágrimas de las madres que lloran por los hijos. Tus dos hermanos mayores estuvieron por acá, llegaron hasta ese río, y tiraron la carta que les di, y volvieron y me querían engañar, me mintieron. ¿Qué más has visto?

-Vi un río de leche muy grande y también lo pasé con el perrito.

-Ésa es la leche que derramó la Virgen cuando se le perdió el Niño. ¿Y qué más has visto?

-Vi un río de sangre. Yo me asusté mucho, pero pasó el perrito y pasé yo.

-Ésa es la sangre que derramó Nuestro Señor por los pecadores. ¿Qué más has visto?

-Vi antes que todo unos perros que se peliaban y ya se mataban, pero no los pude separar.

180

-Ésos son los hermanos malos y los hombres malvados que viven peliando con todos. ¿Qué más has visto?

-Vi unos colgados de la lengua. Me dio mucha lástima, pero tuve que seguir.

-Ésos son tres hermanos, mentirosos y intrigantes, que me quisieron

engañar. ¿Qué más has visto?

-Vi dos peñas enormes que se golpiaban y saltaban chispas. Por un milagro pudo pasar el perrito y yo lo seguí.

-Ésas son las comadres que no se respetan como deben, que viven ofendiéndose. Eso es para ejemplo, que 'tan áhi. Bueno, has hecho muy bien el trabajo. Te tengo que pagar. ¿Qué querís más, un almú de plata o un Dios te lo pague?

-Un Dios te lo pague, señor, que dura siempre. La plata se gasta pronto. Entonces el señor, que era Dios le dio un Dios te lo pague y le echó unas moneditas a unas alforjas que tenía el changuito. Y le dijo que se las llevara a sus padres. Y le dijo que el perrito que lo llevaba era el Ángel de la Guarda.

El changuito se fue. En el camino le parecía que las alforjas 'taban muy pesadas. Cuando llegó, salieron los viejitos a recibirlo muy contentos. Bajó él las alforjas y en lugar de las moneditas, las alforjas 'taban llenecitas de monedas de oro y de plata. Entonces se dieron cuenta de todo y tuvieron para pagar sus necesidades en toda la vida.

Y ése fue el premio de Dios al changuito bueno.

Miguel Balmaceda, 21 años. Rosario de la Frontera. Salta, 1970.

El narrador aprendió este cuento de su padre, que, como él, era oriundo de este lugar muy tradicional de Salta.

El camino del cielo (Catamarca)

Era un padre que tenía tres hijos. Eran muy pobres y los hijos salieron a buscar trabajo.

Salió primero el mayor. Llegó a la casa de un señor que tenía grandes Alfares . Era Nuestro Señor. Le dio trabajo, lo conchabó. Le dijo que le tenía que llevar una carta a la madre que vivía en otra parte. Le dio una mula blanca. Le dijo que siguiera ese camino y le dijo:

-Llevá esta carta y ande se arrodille la mula vas a entregar la carta a una señora que es mi madre.

El muchacho caminó todo el día. No si arrodilló la mula. Entonce rompió la carta, la tiró y se volvió.

Llegó y le preguntó el patrón:

-¿Qué ha dicho mi madre?

-Nada ha dicho.

-¿Le entregastes la carta?

-Sí.

-Bueno, ¿qué querís que te pague: una carga de plata o un Dios te lo pague?

-Una carga de plata, señor.

Llegó a la casa, les ha entregado la carga de plata a los padres y en

lugar de plata, ha sido todo carbón.

182

Ha salido el segundo. Ha llegado también a los alfares, y el Señor lu ha conchabado para que le lleve la carta, y li ha dicho lo mismo qui al otro, y li ha dado la mula blanca.

-Llevá esta carta y ande se arrodille la mula entregá la carta a la señora que va salir, que es mi madre.

También ha caminado todo el día. Como no se ha arrodillado la mula, rompió la carta y si ha vuelto.

El patrón li ha preguntado si ha entregado la carta y él ha dicho que sí.

Y li ha dicho:

-¿Qué querís que te pague: una carga de plata o un Dios te lo pague?

-¡Ah, una carga de plata!

Si ha ido y cuando ha queríu descargar la plata, todo se li ha hecho carbón.

Va el tercero, el shulco, que se llamaba Enrique. El Señor le encargó lo mismo y le dio la mula blanca, y le ha dicho:

-Vas a llevar la carta, Enrique, y todo lo que veáis en el camino me vas avisar a la vuelta.

Entonce tomó la carta, montó la mula blanca y si ha ido.

Cuando entró en el camino anduvo todo el día. Ya lejos entró en un monte.

En el monte vio dos colgados de la lengua. Más allá 'taban muchos hombres que voltiaban un árbol muy grande. Después fue y encontró un río crecido, di agua. Si abrió l'agua y pasó la mula. Después encontró un río crecido, de leche. Si abrió y él pasó. Después encontró un río crecido, de sangre.

Si abrió y él pasó.

Siguió otra parte del camino. Encontró unas virtientes de agua. Tenía mucha ser y si agachó a tomar agua. No pudo tomar porque l'agua 'taba hirviendo.

Siguió. Después encontró dos chanchos, peliando, que se 'daban tajiando.

Tenía que pasar entre los chanchos y casi li agarraron el trasero a la mula, los chanchos.

Siguió. Más allá encontró unas vacas con unos semejantes aujeros en el lomo y unos pájaros encima, que las comían.

Siguió. Más allá encontró dos peñones que se daban unos contra otros.

183

Siguió. Después encontró un alfar muy lindo, ande 'taban unas vacas secas¹⁰³. Más allá, un potrero pelau y con vacas gordas.

Siguió. Llegó a un lugar, a una casa, y áhi si arrodilló la mula. Áhi salió una señora viuda y le recibió la carta. Y lo invitó que pasara. Y trajo un cordero chiquito y le dio a Enrique y él lo puso sobre el apero, en la mula. Le dio un pan. Enrique se sentó, puso una pierna sobre otra y se puso a comer el pan. Mientras él comía el pan sentía grandes melodías. Y él estaba embelesado en lo que sentía cantar. Y seguía comiendo el pan que no se le acababa nunca. Él estaba en el cielo y seguía comiendo el pan. Los que cantaban eran los ángeles.

Salió la viuda y le dice:

-Pero, hijo mío, ¿cómo no te vas? Hace mucho que estás aquí.

Y él le contesta:

-Pero señora, recién hi llegado.

Se entra la viuda y él siguió sintiendo cantar a los ángeles.

Volvió a salir la viuda.

-Enrique, fijate en el cordero que tenís áhi, que ti dau, cómo 'tá de grande y vos no te vas.

Ya 'taba astudo el cordero por el tiempo que había pasau. Él se fija y dice:

-¡Ah! -que dice-, qué dirá mi patrón que nu hi vuelto.

Claro, volvió y lo encontró al patrón esperandoló. Entonce le dice:

-¿Qué has visto en tu largo camino, Enrique?

Entonce él le dice:

-Lo primero qui hi visto cuando hi entrado en el monte, a dos que 'taban colgaus de la lengua.

Y él le dice:

-Ésos son tus hermanos que 'tán colgaus de la lengua por la mentira, que me tiraron la carta y me mintieron que la entregaron.

184

-Después hi visto un gran árbol que lo bamboliaban por voltiarlo.

-Ésos son los demonios que voltian las almas.

-Después hi visto un río crecido de agua.

-Ésas son las lágrimas de las madres que pierden sus hijos.

-Después vido un río de leche.

-Es la leche que derramó la Virgen cuando perdió el niño.

-Después hi visto un río de sangre.

-Ésa es la sangre que nuestro Salvador derramó por los pecadores.

-Después hi visto un pozo lleno di agua. Tenía ser. Quise tomar y no pude porque 'taba hirviendo.

-Ése es el purgatorio.

-Después hi visto dos chanchos que si hacían pedazo, en el camino.

-Ésos son los malos compadres.

-Después hi visto dos peñascos que 'taban en el camino y se golpiaban.

-Ésas son las malas comadres.

-Después hi visto unas vacas overas con unos aujeros grandes en el lomo, y los pájaros encima, que las comían.

-Los pájaros son los ángeles que mueren sin bautismo, los duendes, que las molestan a las madres que los dejaron así.

-Y después vide un alfar florido y unas vacas secas de flacas.

-Ésas son las almas que 'tán en el infierno.

-Y después hi visto en unos peladares unas vacas gordas.

-Ésas son las almas que gozan de la gracia de Dios.

-Bueno, Enrique -le dice-, vos has estado dos años en la gloria y ti ha parecido un momento. Mirá el cordero que te dio la Virgen, es ya un carnero con las astas grandes.

Éste era Tata Dios. Le da un libro y le dice.

-Con este libro vas a tener la ciencia. Ya la Virgen te dio el pan que te va durar toda la vida. En este libro vas a tener todas las cosas en cuanto las pensís. Cuando te mande tu 185padre a hacer algo ya va 'tar hecho. Bueno, ¿qué querís que te pague, un almú de plata o un Dios te lo pague?

-Pero, señor, un Dios te lo pague dura siempre y la plata se gasta.

Se despidió Enrique y se fue. Cuando llegó a la casa tenía las alforjas

llenas de plata y le entregó a la madre que se puso muy contenta. Enrique se ponía a leer todos los días el libro que le dio Nuestro Señor. Cuando el padre le mandaba que haga un trabajo, que siembre, que riegue, que vea las compuertas, al momento 'taba todo hecho por la virtud del libro. Y así han vivido muchos años muy felices. Yo 'tuve áhi y mi hi venido después para acá.

Ramona Virginia Villafañe de Coronel, 86 años. Ciudad de Catamarca, 1968.

La carta que Dios mandó a la madre (Catamarca)

Dicen que había tres hermanos. Querían trabajar. Uno de ellos, el mayor, salió a buscar trabajo y que llegó a la casa de un viejito. Y que le dice el viejito:

-Yo te voy ocupar pa que vas a llevarme una carta a mi madre.

Después le dio de comer bien. Lo despachó y se fue.

De ahí que si había cansado en el camino, en la mitad del camino, y se volvió.

Le dice el viejito:

-¿Cómo ti ha ido?

-Bien.

-¿Has visto a mi madre?

-Sí.

-¿Qué ti ha dicho?

-No me dijo nada -que le dice.

-¿Qué querís que te pague, ¿diez cargas de carbón o diez cargas de plata?

-Diez cargas de plata. ¿Qué voy hacer con el carbón? No me beneficia nada a mí.

Bueno... Le dio las diez cargas de plata y se fue.

187

Llegó a la casa. Les dijo a los padres que traía diez cargas de plata y cuando fueron a descargar eran diez cargas de carbón. Si ha ido el segundo y ha llegado a la casa del viejito.

-¿Qué andás haciendo, muchacho?

-Buscando trabajo.

-¿Querés llevarle una carta a mi madre?

-Cómo no.

-Tomá. Comé bien y andate, llevá esta carta a mi madre.

Si ha ido. Se fue un poquito más allá de que fue el otro. Se cansó. La tiró a la carta. Se volvió. Le dice el viejito:

-¿Cómo ti ha ido?

-Bien.

-¿La has visto a mi madre?

-Sí.

-¿Qué ti ha dicho?

-Nada, no mi ha dicho nada.

-Y bueno...

-Qué querís que te pague, ¿diez cargas de plata o diez cargas de carbón?

-Y, diez cargas de plata, qué vuá hacer con el carbón.

Llegó a la casa y cuando fue a descargar, todas las cargas en vez de plata eran de carbón.

Se fue el menor.

Bueno... Llegó a la casa del viejito buscando trabajo. Lo ocupó. Le dice:

-Te vuá ocupá, chico. Vas a llevar esta carta a mi madre. Montá el burrito y ande se hinque, áhi es.

-Sí, señor, si vuá ir.

Si ha ido. Ya lejos, ha llegado a un río de leche. Ha pasado. Ha llegado a un segundo río, un río de agua. Ha pasado. Ha llegado a un tercer río, un río de pus. Ha pasado. Ha pasado más allá. Ha encontrado dos colgados de la lengua. Ha ido más allá y ha encontrado dos piedras dandose una con la otra. Ha ido más allá. Ha encontrado otras dos piedras dandose la una con la otra. Ha encontrado una vaca abajo di un árbol. El ternero arriba (la vaca abajo) voltiándole hojas para la vaca. Ha ida más allá. Ha encontrado unos alfalfares muy lindos con mucha hacienda flaca, muriéndose de flaca. Más allá ha encontrado un campo desierto con la hacienda gorda. Y ha ido más allá y llegó a una casa y si arrodilló el burrito.

Y llegó él. Era, parecía el cielo. Llegó. Se encontró con la señora. Le recibió la carta. Lo entró para adentro. Lleno de flores toda una inmensidá. Hermoso todo. Había muchos chiquitos. Todos acarriaban agua, dice, para el jardín. Parecía que esa señora era la madre de Dios. Estuvo un año, él, ahí, y creía que era un ratito. Que le dice la señora:

-Bueno, hijo, ya es propio que te vas. Llevá el contesto, dice, a mi hijo, y decile que estoy bien.

Se vuelve él, de allá con el contesto. Vuelve, a la casa del viejito, y el viejito le dice:

-¿Cómo ti ha ido, hijo?

-Bien.

-¿Qué ti ha dicho mi mama?

-Ya li ha mandau la carta. Aquí 'tá el contesto.

-¿Qué has visto en el camino?

-Hi visto un río de leche.

-Ésa es la leche qui has tomáu de tu madre cuando has nacido. ¿Qué más has visto?

-Hi visto un río de sangre.

-Ésa es la sangre que derramó tu madre cuando ti ha tenido. ¿Qué más has visto?

-Hi visto un río de agua.

-Ésas son las ládrimas que derramó tu madre para que vos te guíes en este mundo. ¿Qué más has visto?

-Hi visto un río de pus.

-Ésa es la pus que ha despedíu tu madre. ¿Qué más has visto?

-Hi visto unos dos colgados de la lengua.

-Ésos son tus hermanos. Están colgados por embusteros. ¿Qué más has visto?

- Hi visto unas piedras dandose unas con otras.
 -Son las malas comadres. ¿Qué más has visto?
 -Otras piedras que se daban unas con otras.
 -Ésos son los malos compadres que pelian en esta vida. ¿Qué más has visto?
 -Hi visto un árbol con un ternero arriba y una vaca abajo, voltiandolé hojas.
 -Ése sos vos que estás ganando un peso para que coma tu madre. ¿Qué más has visto?
 -Hi visto unos alfalfares de lindos, con una hacienda muy flaca.
 -Ésa es la hacienda de los ricos. ¿Qué más has visto?
 -Un campo muy pelado con la hacienda muy gorda.
 -Ésa es la hacienda de los pobres. ¿Qué más has visto?
 -Y nu hi visto más nada. Ya se arrodilló el burro y llegó a una casa muy linda, llena de flores, salivó la señora y me recibió la carta y me hizo quedar.
 -Bueno, ahí es la gloria -dice-. Ahí es la mansión de la gloria. Ahí está mi madre. Todas esas criaturas qui has visto -dice- son los angelitos que están con ella ahí.
 -Bueno, hijo, has hecho muy bien tu mandado. Qué querés que te pague, ¿diez cargas de plata o diez cargas de carbón?
 -Y, diez cargas de carbón, no más -dice- plata no quiero.
 -Bueno, hijo. Bien, sos un gran hombre. Ite con estos carbones. Buscate unas petacas, guardá el carbón ahí. Dentro de una semana destapalo y ya verás tu provecho.
 Mientras de eso quedó rico con el carbón, que ganó porque se le convirtió en plata. Cuando abrió las petacas todo era plata. Los padres se pusieron muy contentos y todos quedaron muy ricos.

Rosario Pastrana de Gómez, 46 años. Fuerte Quemado. Santa María. Catamarca, 1968.

Mujer de pueblo, de este caserío rural. Ha concurrido a los primeros grados de la escuela primaria.

Los dos hermanos (La Rioja)

Era un matrimonio viejito que tenía dos hijos. Cuando fue grande el primero, pidió permiso al padre para salir a buscar trabajo. Salió y se fue por un caminito. Anduvo muy lejos. Donde hacían cruz los caminos, se sentó a pensar cuál iba a tomar, y de ahí eligió el camino más angostito, más chiquito. Por ahí se había ido. Después que había caminado mucho, divisó un humito, lejos. Siguió caminando hasta que llegó a la casa de un viejito que vivía solito. Cuando llegó le dijo que si había trabajo para él. Le dijo el viejito que estaba, que le iba a dar trabajo, y después que

estuvo un rato lo mandó que le vaya dar agua a un burrito que tenía en el jardín, por que al otro día tenía que viajar. Al otro día cuando amaneció, lo mandó que saque el burrito para que lo ensille, que primero lo ensille y recién lo enfrene. Le dio una carta para la madre que vivía lejos. Tenía que pasar por muchas partes peligrosas: primero por un río de agua caudaloso, después por medio de dos peñas que están chocando. Cuando llegue al río caudaloso le dijo que diga: En nombre del padre y del hijo, pasa borriquito si Dios te ayuda.

Entonces el muchacho se despidió, pidió la bendición y siguió viaje. Se fue y llegó a la orilla del río, pero no le dijo nada al burrito lo que el patrón le había ordenado. Agarró y lo aporrió bien al burrito porque no quería pasar, hizo tiras la carta que el viejito le dio y se volvió y le dijo al viejito que la madre no había tenido tiempo para contestarle. Por eso no le había mandado nada de carta.

191

El viejito, cuando llegó, lo mandó que desensille y eche el burro al jardín, y ahí no más le dijo al viejito que ya no iba a trabajar más con él. Entonces el viejito, cuánto le iba a cobrar por el viaje, le dijo, y si quería un Dios se lo pague o un cinco¹⁰⁴. Era por ver no más. Entonces el muchacho le cobró la plata. Después que le pagó se despidió y se fue. Este viejito era Dios. En la orilla del río caudaloso había tres árboles grandes y el viejito, con el poder que tenía, lo colgó al muchacho de la lengua para que no sea embustero.

Los padres del muchacho no sabían de la vida del hijo. Un día salieron para el pueblito a buscarse la vida y encontraron un almacén que nunca lo habían visto, y les causó curiosidad. Entraron y conocieron que era el hijo mayor. Contentos los padres lo hablaron con cariño, y les dijo que no los conocía, que no eran los padres de él, y los corrió:

-¡Salgan viejos mugrientos, llenos de arrugas! ¡No los quiero ver!

Entonces ellos se fueron llorando a la casa y le contaron al hijo menor que tenían. Éste había dispuesto salir también a buscar trabajo. Pidió que le dieran permiso para hacerlo, y siguió el mismo camino que el hermano mayor. Cuando llegó a la encrucijada hizo lo mismo que el mayor. Tomó el mismo camino y divisó el mismo humito, y se fue. Cuando llegó adonde estaba el viejito se arrodilló y le pidió la bendición. Entonces le dijo el viejito que pase para la cocina y que se vaya a servir lo que él quiera. Había toda clase de comidas preparadas ya. Después de comer rezó. Salió de la cocina y lo hizo pasar para una piecita para que se acueste en la cama que quiera él.

Descansó, se levantó y le dijo al viejito que si podía darle trabajo. Le dijo que estaba bien, que vaya a sacar al burrito del jardín y le vaya a dar agua lo mismo que le había dicho al otro hermano. Al otro día lo mandó que saque el burrito, lo ensille, y después recién le ponga el freno, hasta que él le escriba la carta que tenía que llevarle a la madre. Cuando terminó de escribir le dijo que tenía que pasar unas partes muy 192 peligrosas. Un río caudaloso y unas peñas que estaban chocando unas con otras. Cuando llegue a la orilla del río que diga: En nombre del padre y del hijo, pasá borriquito si Dios te ayuda. Y cuando llegue a las peñas haga la misma operación. Cuando le dijo todo esto, el joven le pidió la bendición. Se despidió y se fue. Cuando llegó a la orilla del río dijo:

En nombre del padre y del hijo pasó borriquito, si Dios te ayuda -y ya estuvo al otro lado.

Siguió el camino y cuando estuvo frente a las peñas le dijo las mismas palabras, y siguió viaje. Vio unos pastizales muy grandes y muy mucha hacienda que apenas se veía del pasto tan alto, tan alto que había, pero estaba muy flaca. Siguió viaje a un lugar donde había mucha hacienda gorda y ande no había qué coman. Estaba el suelo pelado, no más. Observó y siguió viaje. Cuando vio el humito y sintió una fragancia muy linda, vio la casa de la madre, de la viejita, rodeada de jardines. Llegó, la saludó a la viejita, le pidió la bendición y luego desensilló. La viejita lo mandó que le vaya a dar agua al burrito y cuando iba a hacerlo, sintió unas músicas muy lindas que no había sentido nunca. Volvió con el burro y la viejita lo mandó que lo echara en el jardín.

La viejita vivía solita. Lo mandó al joven a la cocina que pase a servirse lo que quiera. Una vez que comió el muchacho, le pidió permiso a ella para ir a escuchar un ratito esas músicas que había sentido. Ella le dijo que no, porque no iba a volver. Él siguió insistiendo que iba a ir un ratito, hasta que le dio permiso. Se fue y se paró en un baile que había mucha gente y músicas muy lindas. Allí bailaban viejitos, niños, de todo, y al lado de la puerta estaba una niña que la cerraba. De bien que estuvo se acordó que le habían dado permiso por un ratito y regresó muy apurado. Al llegar, le dijo la viejita:

-¡Ay, hijo! ¡A los diez años has vuelto!

Entonces el muchacho se quedó muy pensativo, porque había estado un rato. Estaba muy apurado por volverse adonde estaba el viejito. Quería que en ese momento lo despachara, entonces lo mandó que ensille hasta que ella escriba. Luego se despidió de la viejita, le pidió la bendición, y se fue.

193

Volvió por donde había venido. Cuando llegó donde estaba el viejito le dice:

-¡Ay, hijo, a los diez años has vuelto!

El muchacho le entregó la carta que le mandó la madre. Luego desensilló y echó el burrito al jardín. El viejito lo mandó a la cocina para que se sirva lo que quiera. En seguida le dijo que no quería trabajar más y se iría donde estaban los padres. Entonces le preguntó que qué quería, si un Dios te lo pague o cinco centavos. El muchacho contestó que un Dios se lo pague. El viejito le preguntó si había visto por el camino en la orilla del río uno que estaba colgado de la lengua, que ése era su hermano, que él lo había colgado por embustero. También le dijo que esas dos peñas que estaban chocando era los malos compadres. La hacienda flaca en medio de los pastizales eran los que estaban en el purgatorio, y la gorda, que comía tierra, los que estaban en la gloria, y donde había ido a dejar la carta era la casa de la Virgen María. Entonces el muchacho le contó lo del baile, que había sentido unas músicas muy lindas, que fue un rato y la viejita le dijo que había demorado diez años. Le dijo que ésa era la gloria y era cierto que estuvo diez años, y esa niña que estaba en la puerta, que estaba en pena.

Se despidió del viejito. Se hincó y le pidió la bendición. Entonces el viejito sacó un cinco y le dio, le avisó que él era Dios y que nadie lo podía engañar. Le echó la bendición y se fue el muchacho por el mismo

camino que había venido. Cuando fue llegando a la casa de los padres, salieron a encontrarlo y le dijeron:

-¡Ay, hijo! ¡A los diez años has vuelto!

Los padres estaban muy viejitos y pobres, faltos de todo. Los padres del muchacho tenían una caja de madera¹⁰⁵ y el hijo la hizo limpiar bien. Que le saquen todo lo que tenía y en la noche echó lo que había ganado y se acostaron a dormir. Al otro día cuando se despertaron estaba la caja llena de dinero. Los viejitos muy asustados al ver esto, creían que el hijo había robado ese dinero. El muchacho les avisó que Dios le había echado la bendición por eso era ese milagro. Entonces salieron a comprar todo lo que necesitaban para pasar la vida.

Pasó por un zapatito roto
llenito de porotos,
para que usted
me cuente otro.

Clara Leiva de Ormeño, 40 años. Pagancillo. General Lavalle. La Rioja, 1950.

La carta (La Rioja)

Había una vez un matrimonio que tenía tres hijos. El mayor pidió licencia para ir a rodar tierra. Caminó unas cuantas leguas y se encontró con un viejito que estaba hachando madera en el campo. Ahí no más el viejito le dio trabajo al joven. Siendo ya las doce del día tuvieron hambre y se fueron a comer, pero como el viejito tenía una ollita muy chiquita, el joven pensó que no iba a llenarse con la comida de esa olla tan chica, pero les sobró; repitieron y todavía les obró.

Le dice el viejito:

-Mañana te vas a ir al potrero y me traes una mulita que hay allí.

Miró el joven y no encontró la mulita en el potrero, sino únicamente un burrito. Se volvió a la casa del viejito y le avisó, entonces le dijo el viejito:

-Si es ese animal, tráilo.

Trajo el burrito. Le ordenó que lo ensillase para que se vaya llevando una carta para una viejita. Y se fue.

Al poco caminar vio unas piedras que se abrían y se juntaban. Y anduvo otro trecho. Encontró un río de sangre. No pudiendo pasar el burrito, la echó a la carta en el río y se volvió a la casa. Cuando llegó le preguntó el viejecito qué le dijeron. Le contestó que nada. Le preguntó el viejito que si quería que le pague un almú de plata o un Dios te lo pague.

-Quiero un almú de plata que es mejor que un Dios te lo pague.

Le dio y se fue a su casa.

Después vino el del medio que también pidió licencia para salir a rodar tierra. Se encontró con el mismo viejito y le dio trabajo. Siendo las doce tuvieron hambre y se fueron a la casa a comer. Viendo una ollita muy chiquita, pensó que no alcanzaría la comida, pero sin embargo, se repartieron, y todavía sobró.

Luego, después de comer, mandó a que le traiga una mulita que había en un potrero y la ensille, para que vaya a dejar una carta a una viejita que vivía lejos.

La trajo. Ensilló y se marchó el joven llevando la carta. A poco caminar vio unas dos piedras que se abrían y se juntaban. Caminó otro trecho y encontró un río de sangre y lo pasó. Y continuó caminando. Se encontró con un río de leche. No pudiendo pasar, abrió la carta, la leyó, y luego la rompió tirandolá al río. Se volvió a la casa del viejito, mintiendolé que había llegado y le preguntó:

-¿Qué te dijeron?

-No me dijeron nada -contestó.

-Bueno, ¿qué querés que te pague -le dijo-, un almú de plata o un Dios te lo pague?

Contestó:

-Un almú de plata. Qué voy hacer con un Dios te lo pague.

Le dio el viejito l'almú de plata y el joven se marchó despidiendosé muy agradecido.

Más luego vino el chulco. También salió a rodar tierra. Se encontró con el mismo viejito, le dijo que para dónde iba.

-A rodar tierra -le contestó el joven chulco.

-Bueno, ayudame a hachar esta madera.

-Cómo no -le contestó el chulco.

Cuando fueron las doce tuvieron hambre y se fueron a comer con el viejito. Viendo la ollita tan chiquita pensó el chulco que no iba a alcanzar, pero después se repitieron de esa misma ollita. En seguida lo mandó que vaya a un potrero y le traiga 197un burrito que había, y lo ensille para que se vaya a llevar una carta a una viejita que estaba o vivía lejos de allí.

Ensilló y se fue con la carta. Desde lejos empezó a ver estas dos piedras que se abrían y se juntaban. Caminó otros pasos más y encontró dos hombres colgados de la lengua. Continuó su viaje y se encontró con el mismo río de sangre. Avanzó y pasó. Siguió el viaje y encontró un río de leche. Agatas pasó. Siguió el camino y se dio con un río de piedras. También lo atravesó. Hasta que por fin llegó a casa de la viejecita. Primeramente antes de llegar vio desde lejos dos potreros, uno lleno de alfalfa donde se encontraban unos toros muy flacos, y en el otro potrero que no había qué comer, los toros estaban muy gordos.

Llegó. Entonces la viejita le dijo que se baje para espulgarlo. Se bajó el chulco. Le entregó la carta. La viejita se puso a espulgarlo. Se durmió y cuando despertó le dijo la viejita que durmió un año y que era hora de irse. Se marchó el joven y llegó a la casa del viejito. Éste le preguntó cómo le fue.

-Muy bien -le contestó.

Le preguntó qué había visto en el camino.

-Primero -le dijo- vi unas dos piedras que se abrían y se juntaban.

-M'hijito, esas son las malas comadres del otro mundo.

-También vi dos hombres colgados.

-M'hijito, esos son tus hermanos que los colgué por embusteros.

-Más allá encontré un río con sangre.

-Ésa es la sangre que derramó tu madre para tenerte.

-Más allá encontré un río con leche.

-Ésa es la leche que tomaste vos.

-Y más allá encontré unos toros, en donde había alfalfa grande, los toros estaban flacos, y en donde no había qué comer, los toros estaban gordos.

-Estos toros flacos son los ricos avarientos. Los que están gordos son los pobres avenidos. La casita adonde habías llegado es la casa de la Virgen.

Entonces el viejito le preguntó con qué quería que le pague, si con un almú de plata o un Dios te lo pague. Contestó el joven 198que qué haría con un almú de plata, mejor sería un Dios te lo pague, que eso le duraría más. Se despidió el joven y se marchó. Al verlo el viejito, lo hizo volver y le dio una virtud. Le entregó un mantelito y una palomita que se transformaba en mujer y le dijo que sería su esposa. Y así fue. Y se marchó.

Caminó muchísimo y llegó a la casa de unas tías que tenía. Cuando quería salir la guardaba a la palomita en un baúl. Las tías le abrieron el baúl y le largaron la palomita. Cuando volvió, la palomita le dijo al joven que otra vez que la deje sola se iba a ir, porque las tías de él eran brujas. Volvió a dejarla por segunda vez y antes que regresara el joven volvieron a largar la palomita.

Cuando llegó el joven le dijo la palomita, si la quería ver, vaya a Los Tres Picos de Amor, a Las Tres Torres del Pabellón. Se fue la palomita y el joven la siguió corriendo por atrás. Después de andar unas leguas, llegó a una ciudad en donde vivían tres hermanas. Le hicieron volver al joven para que les haga una partición. Les hizo la partición y les preguntó si estaban conforme. Contestaron que sí. Caminó un trecho y lo hicieron volver para darle cada una una virtud. Una le dio un sombrero, para que cuando pase por la ciudad nadie lo vea. Otra le dio unas botas para que cuando lo vaya alcanzando el viento se ponga botas. Otra le dio un mantelito de virtud para que le pida lo que quiera.

Y se marchó. Caminó muchísimo y llegó adonde había unas casas. Preguntó si quedaba lejos los Tres Picos de Amor. Y le contestaron que faltaba poco. Continuó caminando y llegó hasta donde estaba su esposa, muy contento y tranquilo. La trajo y siguieron viviendo en su casita.

El viejecito y la viejita que lo encaminaron fueron la Virgen y Dios.

Pasé por un zapatito roto
que usted me cuente otro.

*Rosa Cayo, 55 años. Los Francés. General Lavalle. La Rioja, 1950.
Al cuento de El camino del cielo o La carta se agrega un motivo de La
esposa encantada o Los Tres Picos de Amores.*

Un Dios se lo pague (La Rioja)

Éste qu'era un viejito y una viejita, según mi acuerdo. Quesque tenían tres hijos varones. Un día que 'staban muy pobres. L'ella no tenía nada pa comer. Y el hijo más grande, viendo esa pobreza, salió a rodar tierra. Cuando anduvo mucho se topó con un viejito de barba blanca y le preguntó pand'iba. Y le contó el muchacho. El viejo lo mandó a llevar una carta. Éste la tiró por áhi y se volvió y mintió que la había entregau. El viejo le dijo si qué quería ahora él, cien pesos o un Dios te lo pague.

El muchacho quería los cien pesos. Y el viejito se los dio, y se volvió el muchacho pa su casa. Y cuando llega allá el padre lo hartó a palos, porque sólo llevaba una carga de carbón.

Después salió a rodar tierra el segundo hijo. Y volvió con el mismo resultado. Pero después salió el más chico y se topó con el viejito, y cuando le dijo:

-¿Qué querís, los cien pesos o un Dios te lo pague? El changuito le contestó que quería un Dios te lo pague.

Entonces el viejito le dijo que tenía que hacer un largo viaje. Y le 'bía dau un burrito. Y le dijo qui ande s'hinque el burrito, tenía que entregar una carta pa una señora.

Salió el chico y cuando ya 'bía caminau un buen poco se le apareció un río de creciente clara. Y el burrito la 'bía cruzau no más. Más allá le apareció un río con creciente blanca. Y también la 'bía pasau con el burrito. Porque el viejito li había dau una espuelita de plata al changuito pa que lo espuelie al burrito cuando encuentre un peligro. Más allacito no más se le apareció un río con agua color sangre y lo mismo lo 'bía pasau el changuito con su burrito, al que le hincaba la espuelita. Y más allacito había encontrau dos piedras blancas que estaban juntandose y separandose. Y cuando se habían separau li había hincau l'espuelita al burrito y había pasau no más. Y di áhi, había seguío no más y había encontrau dos toros peliando. Quesque se juntaban y se separaban. En cuanto se 'bían separau ha pasau el changuito con el burrito. Y di áhi, más allá ha encontrau un potrero con alfalfa y llenito de vacas flacas, y lo había pasau. Más allá ha encontrau un potrero sin pasto y llenito de vacas gordas. Y 'bía seguío no más hasta que el burrito s'hincau solito en una casita. Y había salú una señora y le 'bía dau la carta. La señora le 'bía recibíu la carta y después que le 'bía dau de comer al changuito. Después se 'bía dormíu el changuito.

El burrito que 'staba atau se 'bía muerto y estaba los huesitos no más. El changuito había dormío un año. Y la señora lo despertó y le dijo que se vaya. Y le dio otra carta pal viejito. Cuando había queríu irse el burrito estaba muerto, los huesos no más. Entonces la señora le dio un carboncito bien negro y brillante pa que lo toque al burrito. Y cuando lo tocó al

burrillo con el carboncito, se paró y empezó a caminar. Y ya no había encontrado nada hasta llegar al viejito. Y el viejito le preguntó al changuito si qué había visto. El changuito le contó todo. Entonces el viejito le dijo que la creciente clara, eran las lágrimas que su madre derramó cuando lo había tenido a él; la creciente blanca, la leche que había tomado de su pecho cuando el changuito era chiquito; el río con creciente de sangre era la sangre que la madre había derramado en el parto; que los toros eran los malos compadres que hacen mal con sus acciones, a la gente; que las piedras que se juntaban eran las malas comadres que se pasan hablando de los vecinos; que las vacas flacas del potrero con pasto, eran la gente mala que tenían plata y siempre estaban queriendo más, sin llenarse de una vez; que las vacas gordas en el potrero sin pasto eran la gente pobre y humilde que estaba conforme con lo poco que tenía, y que la señora que le dio la carta era la Virgen y el viejito era Tata Dios. Entonces el viejito recibió la carta de la señora y le dijo que lleve el carboncito a su casa y se vaya. No le dio más porque él había querido un Dios se lo pague no más. El changuito se volvió y al llegar a la casa del padre, al verle las manos vacías, lo castigó. La madre lo consoló. Y el chico le dijo que saquen todas las cosas de la pieza grande de la casa. Y cuando ésta quedó vacía, el changuito agarró el carboncito que le dio la señora y lo tiró adentro. Entonces toda la pieza se 'bía llenado de oro y plata. Quesqu'era muy mucha, que no la podían contar. Entonces el padre le 'bía pedido perdón a su hijo y 'bía reconocido que era bueno.

*Y ha pasado por un zapatito roto para que usted me cuente otro.
Horacio Galleguillos, 52 años. La Cuadra. Famatina. La Rioja, 1950.
Trabajador de campo y minero.*

La carta (La Rioja)

Que había una vez una señora que tenía tres hijos. Un día que le dice el mayor que él se iba a ir a rodar tierra.

En el camino que se encontró con un viejito que venía en una burrita. El viejecito que le preguntó al joven si para dónde se iba. El joven le contestó que a rodar tierra.

Entonces el viejito le dijo que suba en la burrita de él y lleve una carta. Que en el camino iba a encontrar dos piedras que se abren y se juntan. Que cuando se abran las piedras pase por medio de ellas. Que más allá iba a encontrar dos cabezas de vaca recién degolladas cada una con el cuchillo que las degollaron y que él pase por sobre esas cabezas. Más allá que iba encontrar unos saucos grandes. Que cuando llegue allí la burrita se iba a hincar. Entonces iba a salir una viuda a la que tenía que entregar la carta, dar la vuelta una vez entregada la carta y regresar donde quedaba el viejito.

El joven se fue y el sol quemaba mucho, por eso antes de llegar a las

pedras se bajó de la burrita y se acostó, sacó la carta y la leyó. De ahí no más dio la vuelta.

Cuando llegó donde estaba el viejito, éste le preguntó que qué había visto.

El joven le contestó que había visto muchas cosas.

Entonces que le preguntó el viejito que cuánto valía el viaje. El mozo contestó que valía un Dios se lo pague y que le llene los bolsillos de plata.

203

El viejo le llenó los bolsillos de plata y el joven se fue a un almacén a comprar comida. Pidió mucho que comer y cuando metió la mano al bolsillo para pagar tenía sólo tierra.

Después que le dice a la madre el hijo del medio que él también s'iba a rodar tierra.

En el camino se encontró con el mismo viejito y le preguntó para dónde se iba y el mozo le contestó que a rodar tierra.

El viejo le dijo que suba a la burrita y lleve una carta y le encargó lo mismo que al otro.

El joven llegó cerca de las piedras, se apeó, se acostó, sacó la carta y la leyó igual que el anterior. Después dio la vuelta y cuando llegó donde estaba el viejito, éste le preguntó que qué había visto y el mozo le contestó que muchas cosas.

El viejito le preguntó que cuánto valía el viaje y el joven le dijo que un Dios se lo pague y que le llene los bolsillos de plata. El joven se fue al almacén y pidió mucho que comer. Cuando metió la mano al bolsillo en vez de dinero encontró carbón. Después, que el hijo menor le dice a la madre que él también se va a rodar tierra.

Salió de viaje y se encontró con el mismo viejito. El viejito le dijo lo mismo que a los otros hermanos.

El mozo salió en la burrita, llegó a las piedras y cuando se arrimó se abrieron y pasó por medio de ellas. Más allá encontró las dos cabezas de vaca con el cuchillo y pasó por encima de ellas. Más allá llegó adonde estaban dos viborones peleando y pasó por encima de ellos. Más allá vio unas vacas flacas que comían en buen pasto. Más allá estaban unas vacas gordas donde no había qué comer. Llegó a los sauces grandes, y cuando llegó allí, la burrita se hincó. Entonces salió la mujer viuda y le entregó la carta. Ahí no más pegó la vuelta el joven.

Cuando llegó donde estaba el viejo, éste le preguntó que qué había visto.

El joven le indicó todo lo que había visto. Entonces el viejito le dijo que las dos piedras eran sus hermanos (los del joven) que así iban a vivir, abriéndose y juntándose. Las dos cabezas de vaca, eran sus hermanos que iban a vivir degollados. Los dos viborones que eran también sus hermanos que iban a vivir peliando. Las vacas gordas le dijo el viejo: -Son los pobres que comen lo que hallan.

204

Y que las vacas flacas eran los ricos que teniendo qué comer, no comen.

Cuando le dijo esto, el viejito le dijo al joven que cuánto valía el viaje y el joven le dijo que un Dios se lo pague. El viejo le dio el Dios se lo pague y le echó un cinco en el bolsillo. Además le regaló una yegua con un bretal106 de plata y le dijo que el primer potrillo que tenga la yegua iba

a ser muy bonito, pero que no vaya a ponerle el bretal y que s'iba a llamar Nipi Negro Overo. Que el otro potrillo que tenga la yegua iba a ser muy fiero¹⁰⁷ y a ése le ponga el bretal y que s'iba a llamar Morcillo. El muchacho se fue al almacén y pidió un cinco de comida. Cuando quiso pagar encontró los bolsillos llenos de plata y compró mucha comida. La yegua parió el primer potrillo que era muy bonito. El muchacho lo quiso mucho y le puso el bretal. El potrillo se le disparó con el bretal. Después la yegua parió el potrillo fiero y como no tenía el bretal para ponerle, el muchacho le puso freno. El potrillo lo habló al muchacho y le dijo:

-No sabís a quién has puesto el bretal, ni a quién has puesto freno. El otro potrillo es el diablo y yo soy Dios.

El mozo entonces le preguntó al caballo fiero, de qué modo podría hacer para sacarle el bretal al otro. El caballo le contestó que solamente que monte en él para que lo lleve donde baja al agua el otro. Que cuando lleguen a ese lugar que lo ate bien en el bramadero¹⁰⁸ que hay en un corral. Que él iba a relinchar y entonces el primero en bajar sería Nipi Negro Overo. Le dijo también que lleve un machete y que se ponga junto a la puerta del corral para que cuando entre Nipi lo desgarrone de un hachazo.

Hizó así el mozo y cuando entró el potro lo desgarró, le sacó el bretal, montó en Morcillo, y huyeron perseguidos por las yeguas que bajaron con Nipi y eran los otros diablos, pero no pudieron alcanzarlos.

205

El joven se fue en su caballo hasta la casa del Rey. Cuando llegó allí, el Rey le pidió que le busque una cata¹⁰⁹ que se le había disparado al campo. El joven le pidió una pluma que haya sido de la cata. El Rey se la dio y era colorada.

El joven le preguntó al caballo, si adónde podría hallar la cata. El caballo le contestó que él sabía donde bajaba a beber la cata junto con otras. Que para que pueda pillarla debía levantar en una mano la pluma para que se asiente allí la cata. Que cuando la cata se asiente, la agarre de las patas, se agarre firme y dispare en él. Cuando llegaron adonde bajó la cata, el joven hizo lo que le dijo el caballo, agarró la cata y disparó perseguido por las otras catas que eran los diablos, pero no los alcanzaron. El joven llegó a la casa del Rey, entregó la cata, pero el Rey le pidió que vaya a quitarle a los diablos una hija que le robaron.

El joven le preguntó al caballo cómo podía hacer y el caballo le contestó que lo llevaría donde estaba la niña. Que la niña estaba embarazada y que en cuanto vea la silla¹¹⁰ de él, que se iba antojar de montarlo. Entonces que el muchacho le conteste que sólo en ancas podría alzarla. Que cuando la niña monte, dispare y se agarre bien.

Todo sucedió como el caballo lo dijo: llegaron al lugar donde estaba la niña cautiva de los diablos, ésta se antojó de montar en Morcillo, pero el joven le aceptó que lo hiciera en ancas. Cuando montó la niña, el joven le dijo que se agarre bien por qu'iban a disparar.

Y así no más fue. La niña se agarró y el joven le apretó el galope, perseguido por los diablos, que no la pudieron alcanzar.

Llegó el joven a la casa del Rey, le entregó la niña y siguió adelante con Morcillo en busca de nuevos servicios para hacerlos.

*Antonio Giménez, 60 años. Nollaco. Rivadavia. La Rioja, 1950.
Al cuento tradicional de El camino del cielo o La carta se agregan aquí
motivos del cuento El caballito de siete colores.*

El camino del cielo (La Rioja)

Eran tres hermanos pobres.

Un día dice la madre:

-Pero, hijos, qué hacemos aquí -dice- todos. Cómo pasamos la vida -dice-.

¿Por qué no va alguno de los mayores a buscarse la vida?

-¡Como no! -dice.

Entonces, dice el mayor:

-Echemé la bendición, madre, que me voy a rodar tierra -dice.

Sale. Toma un camino sin rumbo.

Por ahí va. Camina. Ya era tarde. Llega a la casa de un viejito, en un bosque.

-¡Oh! -que le dice-. ¿Cómo le va hijo? ¿Para dónde va?

-Voy en busca de trabajo.

-Yo le voy a dar -dice-. Pierda cuidado -dice-. Siéntese por ahí y descanse -dice-. Ya lo voy a cariñar un poco.

Bueno, llega el viejo. Le da una rayita de pan, muy delgadita y una ollita, que la ollita que cocinaba era de la cáscara de un güevo. Dice el otro, viendo lo que iba ahí:

-¡Eh!, qué, ¿para qué me da esto? -dice-. ¡Qué cosa! ¡Esto es muy poco!

207

Y agarra, ¿ve? Y le pega el tipo, a comer, a comer, a comer. No lo pudo acabar nunca.

-Bueno -dice-. Guardeló para mañana -dice-. Vaya a dormir. Vaya a dormir porque mañana lo voy a mandar -dice- temprano -dice-. Ahí tiene un freno y un pelero -dice-. Se va a la puerta del potrero. El primer animal que halle, en la puerta del potrero, a ése lo trae para que viaje.

-Bueno...

Se va al otro día bien temprano, el otro, a traer la bestia que le habían mandado. Lo primero que se encuentra con un burro, en la puerta. Dice:

-¿Ve este burro?, ¡hijuna, gran puta! -dice-. Habiendo tantos caballos lindos, viene este burro.

Le pega unos azotes. Lo corre y se pilla un caballo.

Bueno... Y le dice... Viene de allá... Le dice:

-¿Ése ha 'stau en la puerta 'el potrero? -le dice el viejito.

-Ése -dice.

-Bueno. Tome esta carta -dice-. Ande se pare este caballo me va dejar esta carta.

Y toma un camino a lo que da. Ya cuando ha galopado un trecho largo, se

encuentra con un río de sangre que daba miedo. Dice:

-No, no -dice-. Aquí me lleva. Aquí me vuelvo. No paso. Me vuelvo.

'Tuvo un rato... Agarra la carta, la tira.

-Qué -dice- le digo, que l' hi entregau, y listo.

Se vuelve. Entonce va y se vuelve. Y le dice el viejito:

-¿Ha dejau la carta?

-Sí -le dice.

-Muy bien -es que le dice.

-¿Cuánto quiere que le pague -dice-, un almú de plata o un Dios se lo pague?

-¿Qué voy hacer con un Dios se lo pague?; déme un almú de plata -dice.

-¡Cómo no! -le dice.

208

Le presta una bolsa y le mide el almú de plata, ¿no? Y le echa en la bolsa. La planta al hombro, y se va a la casa. De lejo que iba gritando:

-Mamá, madre, barra un rincón del rancho -dice- qui aquí va plata pa que pasen la vida.

Llega éste y vacia la bolsa. ¡Nada más que carbón!

-¡Ay! -que dice-, ésos se van a traír carbón, pa carbón aquí también hay -dice-, ¡para qué!

Y dice el menor, que sigue:

-Yo me voy a ir mañana. Que este maricón -dice- que va traír carbón, áhi.

Se va. Toma el mismo camino, ¿sabe? Llega a la casa del viejito y mira:

-¿Para dónde, hijo?

-Voy -dice- en busca de trabajo.

-Yo te voy a dar trabajo -dice-, pierda cuidau -dice-. Pase, sientesé -dice-. Descanse. Ya le voy hacer cariño -dice.

Va y traír también y le da la rayita de pan y la ollita de la cáscara del güevo.

-¡Ah! -dice-. ¡Qué voy a 'tar por esta comida! Yo no -dice-. Me voy a otro lado.

Y se li agachó:

-Coma, coma -dice.

No la acababa nunca. Cuchariaba él y movía el pan y no lo podía acabar nunca.

-Sirvasé -dice.

-Ya no puedo más.

-Bueno, dejeló pa mañana -dice el viejito-. Bueno, a dormir, usté -dice- mañana tiene que madrugar -dice-, lo voy a mandar -dice-. Áhi 'tá un freno, y un pelero. Se va ir -dice- a la puerta 'el potrero y el primer animal que lu encuentre, ése lo va traer -dice.

Este otro no vía las horas de que venga el día para ir. Entre oscuro que se va. Lo primero que se encuentra con el burro en la puerta 'el potrero.

Dice:

-¡Ah, qué burro pícaro! -dice-. ¡Ya vas a ver!

209

Le puso otros guascazos. Lo corre. Dice:

Habiendo tantos caballos lindos, viene este burro -dice-, y más ligeros.

Entonce pilla un caballo y se va.

-¿Ése 'taba en la puerta 'el potrero? -dice.

-Éste -dice.

-Bueno -dice-, 'tá bien. Tome esta carta -dice-. Donde se pare el caballo entregue esta carta -dice.

Bueno... Toma el camino. Sigue y se va. Bueno, éste llega al río con sangre, ¿sabe? Y él quiere sujetar el caballo, y se entra el caballo. Y cierra los ojos y pasa. Y dice:

-Aquí ya me lleva este río.

Él esperaba que lo dé vuelta, con caballo y todo este tremendo río. Y pasa. Cuando pasa el río, ya nu había hondo sinó que chapaliaba el caballo ¿no? Pasa al otro lado y abre los ojos y sigue.

Un río di agua qui hacía caballito¹¹² en la orilla. Dice:

-No. Aquí no me meto -dice.

Con tiempo sujetó el caballo. Dice:

-¿Qué hago ahora? La tiro al agua y le digo que he andau -dice.

Se viene. Lo mismo. Llega de allá y le dice:

-¿Has entregau la carta?

-Como no. Sí, ya la hi dejau -dice.

-Bueno -que le dice-. ¿Cuánto quiere que le pague, un almú de plata o un Dios se lo pague?

-¿Qué voy hacer con un Dios se lo pague? -dice-, déme un almú de plata -dice.

Le da otra bolsa. Mide el almú de plata y le echa a la bolsa. Bueno. Sigue y se va tamién. ¡Contento! Dice:

-Ya va ver mi hermano, lo voy hacer pasar una vergüenza, pero grande.

210

Llega allá. De lejos no más iba gritando:

-¡Madre, aquí hay plata, no carbón como el que ha traído mi hermano! Aquí 'tá.

Y la viejita 'taba con flojera ¿sabe? Va y barre poco no más. Llega y dice:

-Eche áhi, hijo.

Vacea la bolsa. Otro alto de carbón.

-¡Ay! -que dice el shulco, que era un muchachito chico, que dice- vea la desgracia de los hermanos, dice, a trai carbón. ¿Con eso vamos a comer nosotros? -dice-. Yo me voy ir -dice-. Echemé la bendición, madre, que me voy a rodar tierra -dice-. Yo, si nu hallo plata, sin traile qué comer no vuelvo.

-Que no, que adónde va ir hijo, dice, tan chico.

-No, yo me voy. ¿Qué hacemos aquí?

Bueno, queriendo y sin querer, la viejita le echa la bendición.

Y sigue, se va lo mismo. Iba pasando. Dice:

-Allá debe ser ande han trabajau mis hermanos.

Lu había visto él. Llega.

-¡Oh, ánde va, hijo! -que le dice el viejito.

-En busca de trabajo, tata viejo.

-¡Ah, yo le guá dar, pierda cuidau, yo le guá dar trabajo!

Bueno... Dice:

-Bueno, quedés -dice-. Descanse un poco -dice-. Áhi voy a cariñar lo -dice el viejito.

Si ha sentau un rato. Ya ha veniu él con la misma comida.

Que dice él:

-¡Ay!, siquiera algo -que dice-. Esto es pior que la casa di uno. No como nada -dice.

Ya 'taba conforme, ya, éste. Come, y come, y come y se llena. Dice:

-Ya no quero más.

-Sirvasé.

-No -dice- no quero más -dice.

211

-Bueno, guardeló pa mañana, m'hijo. Es una lástima que era chico, ¿no?

Entonce, le dice:

-Vaya, pongasé en cama, dice. Usté, mañana, va a tomar un freno y un pelero. Va a madrugar, y me va a trair el primer animal que halle en la puerta del potrero, dice. -Ése lo va trair, dice. -Y va venir para acá, usté, dice.

Bueno... Tamién se levantó oscuro, cuando venía el día, blanco ya. Que no podía dormir. Se levantó.

-H'i'l13 trair este animal temprano -dice.

Se va. Lo primero, el burro, áhi. Dice:

-¡Juna gran puta!, burro, ya vas a ver. Por intruso a vos te voy a llevar. Áhi no más lu ha pillau al burro y se li ha acercau. ¡Madrecita!, un rescoldo el burro.

Llega a la casa. Entonce 'taba el viejito.

-Muy bien m'hijo -que le dice-. Tome esta carta, dice, ande se pare este burro, dice, áhi va entregar la carta.

-¡Como no!

Se da vuelta y parte el burro. ¡Madrecita! Cuando ya si ha dau cuenta, ya 'taba por el río de sangre, áhi, ya. Ha teníu un susto bárbaro. Si ha entrau. Ha cerrau los ojos y ya no tenía miedo. Y ya chapaliaba el burro en la sangre, ¿no? Y pasa. Más allá abre los ojos y dice:

-Ahora si hi pasau.

Y el burro no lo puede sujetar.

Y 'paf!, ya viene el río con agua, ¡amigo! que se daba vuelta. Dice:

-¡Aquí me lleva con burro y todo!, dice. -¡Qué hago ahora!

Ya lo quiso sujetar y el burro duro. Se li ha endureciu. Y así jue no más y lo dejó pasar. Pasaron.

212

Más allá, un río de leche. Dice:

-¡Vea la leche aquí! ¡Esto sí que es grande! ¡Más mucho! ¡Ah! -dice-, éste me lleva ya. Nu hay nada qui hacer. Áhi yo gua rodar, dice. -Yo no voy nada.

Y el burro, a lo que no lo puede dominar de las riendas, viene y se entra tamién. Pasa. Y se va.

Por áhi pasa otra. Y que estaban dos piedras allí, peñascos, así venían y se juntaban, y si abrían. Y por áhi pasaba el camino.

-¡Aquí! -dice-. Mi hi salvau de todas, menos de estas piedras -dice.

Tamién ha querido sujetar el burro. Ya se li ha pasado, dice, cuando si han separau. Ya pasa el burro y se vuelven a juntar.

-Ahora sí, dice. -Pueda ser que nu haiga más peligro y vamos allá.

Se junta con dos lenguas que estaban chirlo y chirlo, amigo, a los dos laus.

-¡Ah! -dice-, aquí me cortan estas lenguas, dice. -Aquí me terminan. Lo que si abrían, chicotiaban. Lo que si abren, él quería sujetar, tenía miedo, ¿no? ¡Pah!, el burro iba pasando y no lo podía sujetar. Y pasa, y sigue, y sigue.

Y más allá, unas dos cabezas que se juntaban. Botaban llamas por los ojos, por las orejas, por las narices. Dice:

-Aquí me quemo, dice, nu hay nada qui hacer. Por éste me lleva el camino. Bueno, en lo que va a pasar, si abre así, pasa. No le pasa nada a él.

Bueno... Y sigue, amigo. Ya se vía un verde, unas fincas ¡de lindas! Y el carril comu una hebra d' hilo. Y el burro, amigo, no le mermaba, a todo escape. Entraba a las fincas. Comenzaba a ver unos animales gordos en unos peladeros que nu había nada que si agache, y pal otro lau en unos pastos floriús unas vacas caéndose de flacas. Y va y llega a la casa di una viejita, ande había ¡de pajaritos! Y áhi golpia las manos y sale una viejita. Áhi se para el burro.

-Aquí tiene que ser -dice.

213

Bueno, golpia las manos. Sale la viejita.

Dice:

-Aquí traigo una carta.

-¡Como no, m'hijo! Bajesé -dice- hasta qué haga el contesto para mandarle. Bajesé.

No quería porque él quería volvé temprano.

Y dice:

-Bajesé, bajasé.

Áhi lo consiente. Lu ha conseguíu hasta que si ha bajau. Arrimesé a las piernas, a las rodillas, dice, m'hijo, descanse. Si arrima y se pone la cabeza ahí. Se duerme. Se despierta ya tarde. Pega un salto, se despierta.

Y él dice:

-Ya es tarde. Despachemé. Mire, mi hi dormiu áhi un ratito.

-Hijo, ha dormiu años -que le dice.

Lo despacha, y parte.

-Ahora no tenga miedo, ya.

Si ha arreglau, li ha largau la rienda al burro. De todos los peligros qui había, él ya iba sin miedo. Hasta que al llegar, ya oscureciendo, llega a la casa del viejito.

-¡Ay!... -que le dice-. ¿Cómo li ha ido? ¿Ha entregau la carta? -que le dice.

-Sí, señor -dice-. Si la hi entregau -dice.

-Muy bien -que le dice.

-Hi demorau porque áhi hi dormiu un ratito -que le dice-. Ocho años, decí, hijo -dice-. Bueno ¿quí ha visto por el camino, hijo? -le dice.

-Mire, dice, ha pasado que en lo que ido me encuentro un río de sangre -dice.

-¡Ah! -que le dice-, ese río de sangre, dice, ése es lo que ha redamau tu madre por tus hermanos por embusteros. Y más allá, ¿quí ha visto?

-Un río de agua, dice, clarita l'agua.

-Ésas son las lágrimas qui ha redamau tu madre por tus hermanos por embusteros. Bueno... Y más allá, ¿quí ha visto?

214

-Un río de leche.
Ésa, es la leche qui ha derramau tu madre por tus hermanos, por embusteros. Más allá, ¿quí ha visto?
-Dos piedras, dice, que 'tán dando una con otra.
-Ésas son las malas comadres.
-Más allá, unas lenguas, dale chirlos -dice.
-Ésas son las testimonieras -dice-. ¿Y más allá?
-Unos que botaban juego por la nariz y por la boca.
-Ésos son tus hermanos por embusteros. Áhi 'tán. ¿Y más allá, quí has visto?
-Mucha hacienda, dice, hay. Mucha hacienda, dice. Hay muchos animales gordos en un peladero.
-Ésos son los pobres avenidos.
-Y otros flacos en pastos floridos.
-Ésos son los ricos avarientos.
-Y al final, dice, en la casa, habían ¡de pajaritos, flores, de todo! Y unos niñitos que cuidaban todo.
-Ésos son los angelitos, dice. Has visto a la gloria, dice.
Bueno...
-Ése es el polo114 -dice-. Bueno, vaya a dormir, mañana lo guá despachar -dice.
Bueno... Va. Al otro día temprano se levanta él y el viejito tamién.
-¿Qué quiere que le pague: un almú de plata o un Dios se lo pague?
Dice él:
-¿Qué voy hacer con un almú de plata? Déme un Dios se lo pague y listo, me voy -dice.
Bueno... Agarra el viejito y le dio una cajita, chiquita.
-Tome esta cajita y la llave -dice.
Ya se li había dehaparecido el viejito y no lu había visto más. Bueno...
Recién, él saca la cajita. Cuando él saca la cajita 215y deja de mirar y mira a los laus, 'taba en un palacio que ni un rey no lo tenía. Y esos bosques que eran, esas plantas frutales, amigo, todo, todo, todo.
Entonce que dice:
-Ahora, dice, voy, dice, y traigo mi madre.
Jue y trajo la madre y la trajo al palacio de él. Y 'tará viviendo, y yo mi hi veníu porque qué iba hacer yo allá, no mi iban a dar entrada, o sí, vaya a saber.

Eulogio Tejada, 68 años. Villa Unión. General Lavalle. La Rioja, 1968.

. La carta (La Rioja)

Éste que era un padre que tenía tres hijos. Cuando ya fueron grandes le dijo el primero:

-Padre, echémé la bendición para irme a rodar tierra.

El padre no quiso, y el niño le pidió de nuevo hasta que por fin le dio y se fue.

Llegó a una casita donde alojaban todos los viajeros. Allí trabajó con el viejito dueño de casa para ganar algo y al irse le dijo al viejo que le arregle la cuenta que ya se iba. El viejito le contestó que si quería un Dios se lo pague o el dinero. Y el muchacho que quería la plata. Le pagó y siguió su camino y al llegar a la ciudad murió.

Después de un tiempo el segundo hijo le dijo al padre que le dé la bendición para irse a rodar tierra. Pasó lo mismo que con el primero y murió.

Al tiempo le dice el tercer hijo, que también se iba, aunque el padre ya quedaba solo, pero le dejó ir.

Este niño llegó a la casita. Allí trabajó un buen tiempo. Un día lo mandó el viejito que ensille un burrito y se vaya a dejar una carta a su madre, que se llamaba María y que vivía muy lejos. El niño no la conocía, pero el viejito le enseñó el camino que tenía que seguir. Además le dijo que cuando encuentre algún río de agua colorada, el burrito secará el agua y pasará, y así fue.

Encontró en el camino un gran río cristalino y el burrito dobló la rodilla y el agua se secó. Más allá encontró otro río con agua colorada, el burrito lo secó. Y luego encontró otro con agua blanca y también se secó. Después llegó a unos árboles donde estaban dos hombres colgados de la lengua y dandose uno contra el otro y el niño pasó por me dio de ellos. Llegó más allá donde estaban dos peñas golpeandose una contra la otra. Las miró y pasó.

Más allá encontró un ganado flaco y lleno de piojos, pastando en un alfalfar florido, y otro potrero con ganado gordo en el suelo seco, sin tener qué comer. Llegó por fin a la casita. Entregó la carta y la señora, después que descansó y durmió un rato el niño, le dijo que se vaya con el contesto. Había dormido muchos años.

El niño se fue y al llegar le contó al viejito todo lo que había visto en el camino y él le dijo lo que contenía todo lo que el niño vio.

-El agua clara son las lágrimas que derramó tu madre por vos; el agua colorada es la sangre que derramó tu madre por vos; los hombres son tus hermanos que murieron y fueron malos hermanos. Las peñas son dos malas comadres. El ganado flaco son los ricos que gozan en esta vida y por sus injusticias padecen en la otra. El ganado gordo son los pobres que sufren en esta vida para gozar en la gloria. El niño quería seguir ya su camino. Le pidió al viejito que le arregle y éste le preguntó si quería la plata o un Dios se lo pague para que lo ayude. Él dijo que quería un Dios se lo pague que vale más que la plata. El viejito sacó una cajita de virtud y le dio, y le dijo que cada vez que la abra saque de ella un solo real. La recibió y siguió su camino, después de pedirle su bendición.

Andó un poco y empezó a sentir música y cantos en el aire. Se paraba y miraba a cada rato, pero no podía ver nada. En seguida se vio rodeado de ángeles que lo invitaban al cielo. Él aceptó y lo llevaron en cuerpo y alma, porque había mandado el viejito, que había sido el mismo Dios, y la señora, a la que mandó la carta había sido María Santísima.

*Jesús V. de Bruna, 75 años. Guandacol. General Lavalle. La Rioja, 1950.
No es común esta forma esquemática de narrar. Sólo se hace en
circunstancias muy particulares.*

Los tres hermanos (La Rioja)

Éste que era un señor con una señora, que tenían tres hijos, dos mayores y el shulco. Los dos mayores dijeron que se iban a trabajar. Entón el padre y la madre que le dicen a cada uno:

-¿Qué te vas a ir a hacer?, quedate.

Pero los otros se fueron no más. Al tiempo el shulco que le dice a la madre, que él también se va. Entó que le dice la madre:

-¡Oh, qué te vas a ir a hacer! ¡Sos muy chico!

Y al shulco se le 'bía puesto que se va a ir no más a trabajar. Se fue.

Bueno, entón que 'bían quedau los dos viejitos solos.

Bueno, en fin, que el shulco después que 'bía andau un trecho, y que vio un caminito borrau, borrau, y por el otro camino que los encuentra a los dos hermanos mayores que venían volviendo ya. Entón que les dice a los hermanos que qué tal les ha ido. Entón que los hermanos le contestaron que bien. Bueno, entón que el shulco dice:

-Yo voy a ir por este caminito borrau.

Bueno, y que si 'bía ido. Que 'bía ido y que llega a la casa de un señor que le pregunta pa dónde se va. Entón que le dice el shulco que se va a buscar trabajo.

-Bueno -que le dice el señor- yo no más le vuá dar trabajo. Aquí no más puede trabajar.

Esa casa 'bía sido también la que estuvieron los otros dos hermanos.

219

-Usté mañana va a ensillar su burrito y se va a llevar esas vacas a una parte que coman bien, las vacas -que le dice.

Y así que hizo todos los días. En la mañana llevaba las vacas y a la tarde al dentrase el sol las traía y las dejaba en el corral.

Cuando ya ha trabajau un tiempo, el shulco, que le dice al patrón que ya se iba a venir a la casa. Entonces que le dice el patrón:

-Antes me va a llevar esta carta hasta donde se hinque el burrito. Áhi entregue la cartita y pegue la vuelta sin darse vuelta ni mirar pa'trás.

Bueno -que le dice el patrón- no vayas a tener miedo. Primero va a encontrar un río de leche, después un río de sangre. Pase, no vaya a tener miedo -que le dice-. Después se va a dar con río de agua. Más allá va a ver unos potreros, el pasto tamaño de alto y las vacas por morirse de flacas. Más allá unos potreros pelaus, pelaus, pero unas vacas gordas, gordas. Más allá va a ver unas piedras dandosé unas con otras, y después usté va a seguir -que le dice- hasta que llegue adonde tiene que dejar la cartita.

Bueno, al otro día, que le dice al shulco, cuando éste había ensillau su burrito:

-Va a llevar esta varita que tiene la virtud y cuando quera pasar los ríos, usted diga: Varita, por la virtud que Dios te ha dau que ni las patitas se me le mojen al burrito, y así -que le dice- va a seguir no más.

Bueno, entón, que se 'bía ido el shulco. Y primero que encontró al río de leche, después al río de sangre, después al río de agua, que los pasaba muy bien por la varita que llevaba. Después que se encontró con los potreros, después con las piedras, después con las peñas y que él seguía no más, hasta que llegó a un lugar donde había un ranchito, y el burrito se hincó. Tiró la cartita el shulco y pegó la vuelta sin darse vuelta pa atrás, por más que le gritaban que se vuelva. En fin, que 'bía llegau el shulco a la casa del patrón y que entonces el patrón le preguntó qué había visto, y el shulco que le dice que primero encontró el río de leche, después el río de sangre, después el río de agua, más allá los potreros que 'bía dicho, más allá las piedras y las peñas dandose una con otras. Entó que le dice el patrón que esos potreros 220 con pasto, eran de los ricos, los potreros pelaus -que le dice- eran de los pobres, las piedras, que le dice:

-Ésos son los malos compadres. Las peñas dandose unas con otra -que le dice- esas son las malas comadres. Bueno -entón que le dice-, ¿y ahora qué quiere?

Y el shulco que dice que ya se quiere ir pa la casa d'él.

-¿Y qué quere -que le dice el patrón- la plata o la dicha?

Y el shulco que le dice:

-Para qué quero la plata, déme la dicha.

-Bueno -que le dice-, le vuá dar esta varillita de la virtud pa que le pida lo que usted quera, y esto, y esto -que eran unas botas y un sombrero. Y que le dice que cuando se ponga las botas va a correr más que el viento, y cuando se ponga el sombrero no lo va a ver naide.

Bueno que le 'bía dau todú eso y se fue el shulco y llegó a la casa y allá, en fin, cuando ha llegáu, que le preguntan los viejitos y los otros hermanos si cómo le había ido, y el shulco que le dice que bien. Pero como los otros hermanos habían llevau plata, y este otro no, la 'bían recibío muy desacordados. Bueno, entón fue a la hora de cenar, el shulco fue, saca la varillita de la virtud y le dice:

-Varillita, por la virtud que Dios te ha dau, que se ponga la mesa con toda clase de comida.

Bueno, así que 'bía sido. En esto que se dijo, ya estaba la mesa tendida y servida de un todo. En fin, que ya los viejitos que dicen:

-No, no, po, el shulco trae la virtud y la dicha y eso es mejor que la plata.

Que 'bían como hasta llenarse.

Bueno, de ver eso, los hermanos, viendo que después los viejitos no los atendieron bien y entón que los hermanos se despidieron de los viejitos y se fueron y quedaron los viejitos con el shulco. Bueno, por esto 'bía sido que el patrón que 'bía tenido el shulco, 'bía síu Dios, que le dio la dicha y la virtud.

Y pasó por un zapatito roto, pa que usted me cuente otro.

Los avarientos; el camino del cielo (San Juan)

Había una vez una familia muy pobre, que tenía tres hijos. Uno se llamaba Juan, otro Pedro y otro Pablo. Un día el mayor, que era Pablo, le dijo a su padre que se iba a rodar tierra y ganarse la vida. Lo despidieron y se fue.

El muchacho anduvo mucho, se fue muy lejos, hasta que llegó a la casa de un viejito. Ahí pidió trabajo y el viejito le dijo que sí, que tenía trabajo, que tenía que cuidar unas ovejitas. Así lo hizo, pero un día le dijo que le tenía que llevar una carta. Que por el camino tenía que pasar tres ríos, el primero de agua, el segundo de leche y el tercero de sangre; que después iba a pasar por dos cerros que están peleando; que después iba a llegar a una casa con ventanas verdes, que ahí golpiara, que saldría una señora a la que le tenía que entregar la carta. Le dijo que eligiera un caballo de los que estaban en el corral y se fuera.

El muchacho eligió el caballo que le pareció mejor y siguió viaje. Cuando llegó al río de agua tuvo miedo de pasarlo, rompió la carta y la tiró. Se volvió, y cuando llegó le mintió al viejito que había visto todo lo que él dijo, y que había entregado la carta. Entonces el viejito le dijo:

-¿Qué querés que te pague, ¿una bolsa de plata o un Dios te lo pague?

222

-Una bolsa de plata, claro. ¿Qué voy a hacer con un Dios te lo pague? -le contestó.

Cargó la bolsa de plata y se fue a su casa. Al verlo el padre salió a recibirlo. El muchacho le dijo que bajara la bolsa de plata, pero cuál no sería su sorpresa cuando la vació y vio que era carbón, en vez de plata.

Pedro, entonces, dice que él se va a rodar tierras, pensando que le iría mejor que a su hermano. Se despidió y se fue.

Caminando día y noche, llega a la casa del mismo viejito y pide trabajo.

El viejito le dice que necesita un pión para llevar una carta. Pedro acepta. El viejito le explica como al otro hermano lo que va a encontrar en el camino, los tres ríos que tiene que pasar, los cerros que 'tan peliando y la casa ande 'tá la señora que va a recibir la carta. Le dice que no tenga miedo. Le hace elegir en el corral el caballo para el viaje. El muchacho elige en el corral el caballo que le parece más lindo y se va.

Después de haber caminado bastante, se encuentra con el río de agua. Le da miedo porque le parece que se va a augar, pero al fin lo pasa. Sigue otro trecho y se encuentra con el río de leche. Ahí ya no se anima a pasar, tira la carta y se vuelve.

Llega a la casa del viejito y le miente, como el otro humano, que ha

cumplido con entregar la carta. Entonces el viejito le dice qué le tiene que pagar, y le pregunta qué prefiere, si una bolsa de plata o un Dios te lo pague. El muchacho se puso a reír y le dice:

-Pero, señor, ¿qué puedo hacer con un Dios te lo pague? Déme plata, que necesito mucha.

El viejito le dio una bolsa llena de plata y el muchacho la cargó y se fue muy contento a su casa.

Cuando llegó, el muchacho les dijo a los padres que traía mucha plata para que fueran ricos. Ahí abrió la bolsa y cayó una bolsada de carbón. Todos se quedaron muy sorprendidos y se dieron cuenta que eso tenía que ser un castigo.

Entonces, el hermano más chico, Juan, resolvió irse él a rodar tierra para trabajar y ayudar a los padres. Se despidió, salió de viaje. Después de haber andado mucho llegó también a la casa del viejito y pidió trabajo. Le dijo como a los otros que la conchababa pa que llevara una carta. Le dijo que eligiera el caballo en el corral, le explicó bien el cruce de los ríos y los cerros, y cómo era la casa con ventanas verdes ande 'taba la señora que tenía que recibir la carta.

Juan eligió un caballito más bien flaco, pero que le pareció resistente.

Salió a la madrugada. Llegó al río de agua, se armó de valor y lo cruzó.

Siguió y llegó al río de leche, se armó de valor y lo cruzó. Siguió el viaje, llegó al río de sangre que lo impresionó mucho, pero se armó de más valor y lo cruzó. Más adelante encuentra los dos cerros que se estaban golpeando, apura el caballito y pasa como una luz para que no lo aplasten.

Llega al fin a la casa con ventanas verdes. Sale la señora, le entrega la carta y le da la contestación. Descansa un ratito y se vuelve. Se volvió por el mismo camino, pero ya no encontró ni los ríos ni los cerros, pero encontró unos animales flacos en un rastrojo¹¹⁵ lleno de pasto; en otra parte unos animales gordos en un rastrojo lleno de piedras, y en la mitad del camino vio a dos personas colgadas de la lengua. Juan miraba todo en silencio y apuraba el caballito pa llegar pronto a la casa.

Cuando Juan volvió, le dio al viejito la contestación de la carta y le explicó todo lo que había visto. Entonces el viejito le explicó que los animales flacos en el rastrojo lleno de pasto eran los ricos avarientos; que los animales gordos en el rastrojo con piedras eran los pobres honrados y trabajadores; que los cerros que se golpeaban eran las comadres desunidas, que no saben respetar las obligaciones del sacramento, y que los colgados de la lengua eran sus hermanos mentirosos. Que el río de agua cristalina eran las lágrimas de los que sufren; que el río de leche era la leche purísima de la Virgen y que el río de sangre era la sangre de Jesucristo que derramó por nuestras culpas; que la casa a la que fue era la casa de la Virgen, y que la señora que lo atendió era la Virgen. Y que en ésa había descansado varios años. Juan escuchaba asombrado todo lo que le decía el viejito, que era Dios. Entonces le preguntó que cómo quería que le pagara, si con una bolsa de plata o un Dios te lo pague. Entonces²²⁴ el muchacho le dijo que prefería un Dios te lo pague, que dura siempre y no una bolsa de plata, porque se acababa. Entonces Dios le dio una varita de virtud para que le pidiera lo que quiera.

Juan le pidió a la varita de todas las cosas que podían necesitar los viejitos y llegó cargado con este bastimento. Los viejitos se pusieron muy

contentos con tantas cosas que traía el hijo y vieron qui había trabajado y había cumplido, por eso Dios lo había ayudado.

*Isabel Bernard, 24 años. Media Agua. Sarmiento. San Juan, 1953.
Lugareña semiculta. Muy buena narradora.*

Nuestra Madre (San Luis)

Era un padre que tenía tres hijos. Un día que le dice el hijo mayor:

-Vea, padre, voy a salir a rodar tierra.

-Bueno, amigo -que le dice.

Se jue éste.

Llegó una tarde a la casa de un viejito. Que le dice:

-Buenas tardes, tata viejo.

-Buenas tardes, hijo -que le dice el viejito-. ¿No sabe quién ocupará un pión?

-Yo ocupo -que le dice el viejito.

-Bajesé no más, pase para acá.

Luego di un rato que 'taban conversando, que le dice:

-Dígame, señor, ¿para qué será el trabajo?

Que le dice:

-Para que le lleve una carta a Nuestra Madre.

En la noche, después de que cenaron y todo, que le dice el viejo:

-Mire, hijo, mañana temprano se va a ir al corral y se va a agarrar un caballo que tengo áhi, y se va a venir para acá, para que lleve una carta que tengo, para Nuestra Madre.

226

Al otro día temprano, se va el mozo éste, y en el corral nu había más di un burro y el patrón li había dicho un caballo. Y va, y vino otra vez de vuelta ande 'taba el viejito, y que le dice:

-Vea, señor, nu hay ningún caballo. Áhi nu hay más di un burro.

Y que le dice el patrón:

-Y ése es el caballo.

Se volvió el mozo otra vez y jue y lu agarró al burro y lo trajo.

Cuando ya 'taba listo para salir, le dio la carta y le indicó cómo tenía que ir. Y le dijo:

-Vea, acá, al poco ir, va a encontrar unos hachadores. Lo van a llamar, pero usted no les haga caso. Si lo queren atajar, usted peguelé un azote al burro, que no lo van a ver más.

Bueno... Se jue. Al poco andar encontró a los hachadores que 'taban al lado del camino. Lo llamaban en toda forma:

-Vení, che, conversemos. Vení -y él no les hacía caso.

Entonce le dio un azote al burrito, y ¡qué!, ni el polvo le vieron.

Más allá donde va, encuentra un río clarito, crecido, que venía echando

olas. Que dice éste, cuando lo vio:

-Pero, ¡cómo hago para pasar! Seguro que acá me voy a augar.

Y pensó un rato a la par del río, y que dice:

-Qué sabe el viejo zonzó lo que yo hago -y sacó la carta, la tiró al agua y se volvió.

Lo que vino, encontró los hachadores y hizo lo mismo, lo llamaron, y él no se paró. Y vino a la casa del viejito, del patrón. Cuando llegó, sale el viejito y que le dice:

-¿Cómo le ha ido?

-Bien -que le dice.

-¿Le llevó la carta a Nuestra Madre?

-Sí.

-¿No le dijo nada?

-No -que le dice-, no me dijo nada.

227

-Bueno -que le dice el viejito-, ahora ya no necesito más pión. Es el único trabajo que tenía. Así que ahora le voy a pagar. ¿Qué quiere más de pago, un medio, o un crucifijo, o un almú de plata?

Que dice el joven:

Qué voy hacer con un medio o con un crucifijo. Déme un almú de plata.

Le dio el almú de plata.

-A este almú de plata lo lleva y lo echa en una caja más grande. Después de un año, usted lo puede abrir y va a tener más plata.

-Bueno -le dice-, al almú de plata lo voy a llevar a la casa de mis padres.

Se despidió, y se fue.

-¿Cómo te ha ido? -le dicen cuando llega a la casa.

-Mi hi ganáu un almú de plata. Me van a preparar una caja grande para guardarlo.

Le prepararon una caja y ahí echó el almú de plata.

Al otro día, que dice el segundo hijo:

-Vea, padre, yo también me voy a rodar tierra.

Consiguió el permiso y se jue.

Llegó a la casa del mismo viejito que había ido el otro hermano. Llegó y lo recibió igual que al otro.

-Buenas tardes, tata viejo.

-Buenas tardes, hijo.

-¿No sabe quién puede ocupar un pión?

-Yo ocupo. Desensille y pase para adentro.

-¿Para qué será el trabajo?

-Para llevar una carta a Nuestra Madre. Mañana temprano se va ir a buscar un caballo, que está en el corral.

228

Al otro día temprano se va y no ve ningún caballo en el corral. Sólo había un burro. Se volvió, no lo agarró nada, y le dice al viejito:

-Señor, no hay ningún caballo en el corral; hay un burro.

-Y ése es el caballo -le dice.

Se jue y lo trajo al burro. Entonce le dio la carta y le dio las señas ande tenía que ir.

-Tome esta carta -le dice-. Se la va llevar a Nuestra Madre. Acá cerca va

a encontrar unos hachadores y lo van a llamar. Usté no les haga caso. Peguelé al burro, y siga.
Se jue el mozo. Al poco andar encontró los hachadores. Lo llamaron:
-Venga, venga, vamos a conversar.
Lo quisieron atajar. Él le pegó al burro, y siguió.
Después de caminar un rato encontró un río. Venía echando olas de crecido que venía. Que dice el joven éste:
-¡Cómo paso! Acá me voy a augar. Qué sabe el viejo zonzo éste lo que yo hago. Yo tiro la carta y me vuelvo.
Tiró la carta y se volvió. Cuando volvió, encontró los hachadores y pasó. Llegó y le preguntó el viejito:
-¿Cómo te ha ido?
-Bien, señor.
-¿Le llevaste la carta a Nuestra Madre?
-Sí, señor.
-¿No te ha dicho nada?
-Nada, señor.
-Bueno, ahora te voy a pagar. Ya no necesito más servicio. ¿Qué querís más, un medio, un crucifíco, o un almú de plata?
-Qué voy hacer con un medio o con un crucifíco. Deme un almú de plata.
Le dio el almú de plata y le dijo que lo ponga en una caja grande y la guarde un año para que se aumente.
Bueno, se jue. Llegó a la casa y le dijo a los padres que le había ido muy bien. Pidió la caja grande y guardó el almú de plata.

229

Bueno, al otro día le dice el hijo menor a los padres:
-Yo también quiero ir a rodar tierra.
Y se jue el hermano menor. Llegó a la casa del viejito. Llegó y lo saludó y le preguntó si no necesitaba un pión.
-Yo ocupo -le dijo el viejito, y lo contrató para que hiciera ese trabajo. Y le dijo:
-Mañana se va a ir al corral. Va a ir agarrar un caballo y lo trái.
Bueno, al otro día temprano se jue al corral. No había ningún caballo, nada más que un burro. Y que dice:
-Esti hay ser el caballo.
Lo agarró, lo trajo. Y el viejito le dio señas ande tenía que ir. Y le dijo:
-Tome esta carta. La va a llevar a Nuestra Madre. Cuando salga, cerca no más, va a encontrar unos hachadores y lo van a llamar. Usté siga. Peguelé al burro, y pase.
Se jue. Cuando caminó un trecho, encontró a los hachadores. No les hizo juicio. Le pegó un azote al burro y siguió.
Después llega al río de agua cristalina. Se paró. Que estuvo un rato, y dice:
-¡Cómo pasaré!
No hallaba cómo hacer para pasar. Y después dijo:
-¡Obra sea de Dios! Abríte río, que voy a pasar aunque sea nadando.
Se abrió el río y pasó. Más allá encuentra un río de leche, muy crecido. Y que se vuelve a parar, y que dice:
-¡Cómo paso! Me salvé del otro, pero de éste no me salvo. Obra 'e Dios,

abrite río.

Se abrió el río. Pasó. Más allá encuentra un río de sangre, crecidísimo. Y él vuelve a pensar que si ha salvau de los otros, pero no se salva de éste. Pero volvió a decir:

-¡Obra 'e Dios! Abríte río.

Se abrió el río y pasó. Siguió marchando.

230

Más allá, en lo que va, encontró unos pastizales hermosos. Y en esos pastizales había ovejas que estaban flacas, flacas, muy flacas.

Él miró, y pasó no más. Más allá encontró, en unos peladares¹¹⁷ inmensos, que no había nada de pasto, ovejas que estaban gordas, gordas, muy gordas.

Él miró y pasó. Más allá encontró dos piedras, una de un lado y la otra del otro lado del camino, que se estaban chocando a cada momento, por donde tenía que pasar él. Entonces, dice él:

-¡Cómo paso! Ahora me van a matar estas piedras.

Esperó un rato, y cuando se retiraron, le pegó un azote al burro y pasó muy rápido. Casi lu agarran las piedras. Siguió no más. Lo que va más allá, ve dos que están colgados de la lengua, uno a una orilla del camino y el otro a la otra orilla. Y cada uno tenía un tizón de fuego. Venían y chocaban con los tizonos de fuego. Él llegó y se paró a pensar cómo podía hacer para pasar. Y áhi le pegó un azote al burro, y pasó rápidamente.

Casi le pegan unos tizonazos. Siguió viaje.

Al poco andar agarró la fragancia de una flor muy aromática, que encantaba. Entonces él siguió por el aroma de la flor. Fue, fue, fue, hasta que llegó a la misma flor, y llegó a unas casas, como un palacio.

Bueno, llegó áhi y pensó que ésa era la casa de Nuestra Madre. Salió una viejita. Y él le preguntó:

-Digamé, ¿dónde será la casa de Nuestra Madre?

Que le dice ella:

-Aquí es. Yo soy Nuestra Madre.

-Acá le traigo una carta que le ha mandado mi patrón. Bueno. Le dio la carta.

-Hijo, pasá -que le dice-. Vení, hijo, descansá, y te voy a espulgar.

Bueno, se puso a espulgarlo al joven éste, y se quedó dormido. Y durmió un año en la falda de Nuestra Madre, pero él creía que había dormido un día.

Cuando despertó, que le dice ella:

-Hijo, váyase. Llevemé esta carta para su patrón.

231

Se despidió, y se fue.

Cuando volvió, encontró las mismas cosas que a la ida y pudo pasar por todas las piedras, el peladar, el campo de pastizal hermoso, los colgados, los ríos. Y vino ande 'taba el viejito.

Y él le preguntó:

-¿Cómo te ha ido?

-Muy bien. Nuestra Madre le manda esta carta.

La agarró y la llevó.

-¿Cuándo llegaste allá?

-Ese día no más, a la tarde, al dentro 'el sol.

-¿Y cuándo te viniste?

-Me vine al otro día.

-No, que le dice.
 -Vos has dormido un año -que le dice.
 -Puede ser. A mí me parece qui hi estau un día.
 -Decime, ¿quí has encontráu por allí, lo qui has ido?
 -Cuando salí encontrí unos hachadores. Áhi me llamaban y yo no les hice caso. Me llamaban, me insultaban y me querían atajar para que hable con ellos.
 -¡Ah! -que dice-, ésos son los malos entretenidos. No trabajan ellos ni dejan trabajar a los demás.
 -Más allá encontré un río de agua clarita. Venía crecido. Y yo le dije, abrite río, y se abrió el río, y pasé.
 -¡Ah!, esas son las lágrimas que han derramado nuestras madres por nosotros.
 -Más allá encontré un río de leche, bien crecido. Yo le dije abrite, y se abrió, y yo pasé.
 -Ésa es la leche que ha derramau nuestra madre por nosotros.
 -Más allá encontré un río de sangre, muy crecido. Le dije que se abriera, y me dejó pasar.
 -¡Ah!, ésa es la sangre que nuestra madre ha derramado por nosotros.
 -Más allá vide que en un pastizal hermoso había unas ovejas, ¡ve!, que 'taban cayendosé de flacas.

232

-¡Ah! -que le dice- ésos son los ricos miserables, que no comen por horrar118, y por eso se ven en ese estado.
 -Más allá vide en un peladar, que no había una planta de pasto, unas ovejas que 'taban internadas de gordas.
 -¡Ah! -que le dice-, ésos son los pobres que no horran y comen, por eso están bien. Los pobres avenidos.
 -Más allá encontré, en el camino, que había dos piedras, y venían y se chocaban al medio, y casi me apretan.
 -¡Ah!, ésas son las malas comadres, que viven peliando toda la vida.
 -Más allá encontré dos colgados de la lengua, con un tizón de fuego, y que chocaban.
 -¡Ah! -que le dice-, ésos son tus hermanos, que vinieron y me engañaron, y por eso 'tán condenáus. Me engañaban que llevaban la carta y no la llevaban nada.
 -Y más allá tomé la fragancia de una flor y llegué a la casa que iba. Y salió una viejita, y le di la carta. Y yo me quedé dormido en su falda y ella me espulgó mientras dormía.
 -Esa señora es la Virgen. Y vos has dormido un año. Y yo soy Dios. Muy bien, ahora te voy a pagar. ¿Y qué más querís, un medio, un crucifíco, o un almú de plata?
 Y que él, que dice:
 -¿Qué voy hacer con un almú de plata? El medio y el crucifíco me van a quedar de recuerdo. Los voy a tener siempre, mientras que la plata se gasta. Déme el medio y el crucifíco.
 Bueno, se los dio, y le dijo:
 -Cuando te vas a tu casa, que te den una caja grande para que guardes el medio y el crucifíco. Y cuando tus hermanos abran las cajas al año, vos también abris la tuya, para ver quién tiene más plata.

Y se jue. Cuando llegó ande 'taban los padres, le preguntaron cómo le jue, y si ha ganado algo.

233

Él le dijo que eso no más había ganado, un medio y un crucifijo, y que le den una caja grande para guardarlos un año. Echó el medio y el crucifijo en la caja, y la cerró. Los hermanos se reían y lo burlaban.

-Pero, sos zonzo -le decían-. ¿Para qué querís eso? Nosotros himos recibido mucha plata. Con esto vamos a comer toda la vida y vos te vas a morir de pobre.

Ya se llegó el tiempo que tenían que sacar la plata. Al año más u menos, dispusieron de sacarla a ver quién tenía más plata. Abrió la caja el mayor y estaba llena de carbón. Abrió el del medio, y también estaba llena de carbón. Abrió el menor, y estaba, ¡ve!, volcandose de plata. Entonce los otros quedaron muy tristes y el padre se enojó con ellos, porque el menor le contó cómo había visto y hecho todo. Y el padre se enojó y los echó de la casa. Y el hijo menor quedó, y ellos se jueron a aprender a ser güenos. Y el cuento se terminó.

*Juan Lucero, 67 años. El Durazno. Pringles. San Luis, 1952.
Un gran narrador.*

. El camino del cielo (San Luis)

Había una vez, en el campo, un matrimonio de viejitos que tenían tres hijos. Eran muy pobres, pasaban muchas necesidades, y muchos días no tenían qué darles de comer a los hijos. Un día, el hijo mayor le dice a la viejita:

-Mama, echemé la bendición, que me voy a ir a rodar tierra y a buscar trabajo.

Y la viejita, entonce, muy triste, le dice al hijo:

-M' hijo, ¿ónde vas a ir vos, tan flojo, que podáis trabajar? Es mejor que te quedís acá. Dios los ha de ayudar para mejorar de suerte.

-No mama -le contestó el hijo con mal modo.

Y desobedeció su consejo y trajo su burrito. Lo ensilló y le dijo a la madre:

-Yo me voy, no más. Déme un pedazo de torta para comer puel119 camino.

La madre le hizo unas tortas y unos quesillos y se los acomodó en las alforjas. El muchacho se jue.

Caminó, caminó, caminó... Y al cabo de tanto camino, por unos montes muy espesos, le salió un viejito di adentro del monte y le dice:

-Güenos días, m'hijito.

235

-Güenos días, señor -le dice el muchacho.

-¿No tenís algo que me dís? ¿Un poquito de algo para comer?

-No tengo nada -le dijo el muchacho de mala gana, por que era mal criau.

-Y eso que lleváis en las alforjas, ¿qué es?

-Mierda, llevo -le dice el muchacho zafau120.

-Que mierda se ti haga todo lo que tengáis -le contestó el viejito y pasó.

Siguió el camino el muchacho y llegó a la casa de un señor muy rico. Se allegó, saludó y pidió trabajo. Le dijeron que necesitaban un muchacho para mandar. Ya salió el señor y le dijo:

-Quedate, hijito, si querís trabajar.

El muchacho le contestó de mala manera:

-¡Cómo no voy a querer, si a eso hí salíu!

-Bueno -le dice el señor-, mañana te van a entregar siete ovejitas. Las ovejitas van a seguir solitas. Vos la tenís que seguir. No te tenís que asustar de ningún peligro. Pase lo que pase, seguí siempre de atrás de las ovejitas. Ande ellas se paren, áhi te tenís que parar vos. Después que sigan el camino que tienen que seguir, van a llegar a la casa de una señora. A esa señora le tenís que entregar esta carta. Ella te va a dar el contesto, y vos me lo traís.

Le dio las güenas noches, y se jueron a dormir. Al otro día muy tempranito, le entregaron al muchacho las siete ovejitas, y el siguió di atrás. Después que anduvieron un largo camino, llegaron a un río de aguas cristalinas. Llenito venía el río, de oría a oría, rebalsaba121 el agua.

Las ovejitas llegaron y áhi no más entraron y empezaron a cruzar el río.

El muchacho se paró en la oría, muerto de miedo de ver tanta agua. No se animaba a meterse. Las ovejitas seguían pasando y apenas se les mojaban las pezuñitas. Él creyó que s'iba a augar, y se volvió. Las ovejitas pasaron y se perdieron de vista.

236

Bué... Ya llegó el muchacho de vuelta a la casa del señor, y el señor le dice:

-Güeno, hijo, ¿cómo te ha ido?

-Y mal señor. Me tuve que volver porque me encontrí con un río muy crecido. Si lo paso mi augo. Yo no sé cómo pasaron las ovejitas, sería lo que son livianitas. Tome la carta. Y le entregó la carta que era pa la señora.

-Güeno, mi amigo, si no se animó, ¡qué le vamos a hacer! Le voy a pagar lo mismo. Viamos, ¿qué querís que te dé de sueldo, un Dios te lo pague o un almú de plata?

Y el muchacho que era muy interesado le dice:

-¿Qué voy a hacer, señor, con un Dios te lo pague? Déme no más un almú de plata, que se lo voy a llevar a mis padres, que son muy pobres.

Bue... Ya el señor dio la orden que llenen las alforjas, al muchacho, con un almú de plata. Y se jue el muchacho recontentísimo.

Vamos a la casa de los viejitos. Un día la viejita 'taba llorando y decía:

-¿Qué habrá sido de m'hijo, tan desobediente, tan flojito y tan mal criau?

¿Qué será d'él, que no ha güelto?

Entonce le dice el segundo:

-No llore, mamita, yo voy a ir a buscarlo y a buscar trabajo. Así no vamos a pasar tantas necesidades.

-Pero m'hijito, ¡qué te váis a ir si vos sois también tan flojo? ¿Te irás a perder, hijito, como el otro?

El segundo hijo, que también era desobediente y flojo como el otro, se jue no más. La viejita le preparó unas tortas y unas rosquillas, y se las acomodó en las alforjas. El muchacho ensilló su burro, pidió la bendición a los padres y se jue...

El segundo hermano, después de andar mucho, se topó con el mismo viejito que pedía limosna. Se saludaron:

-Güenos días, m'hijito.

-Güenos días, señor.

-¿No tenís algo que me dís un chiquito pa comer? Hace varios días que no pruebo bocado.

237

-No tengo nada -le dice el muchacho, de mala manera, fastidiado con el pobre.

-¿Y eso que lleváis en las alforjas qué és?

-Mierda es eso que llevo -le contestó el muchacho, y chicotió¹²² el burro pa seguir.

-Que mierda se te haga lo que llevás áhi -le dijo el viejito, siguiendo también.

Anduvo un largo camino, y jue y llegó, como el otro hermano, a las casas lindas del mismo señor. Se allegó y saludó y preguntó si tenían trabajo. Le dijieron que pase, que 'taban necesitando un pión pa mandar. Ya lo vio el señor y le dijo que el trabajo que él tenía era el de llevar una carta a una señora, al otro día muy tempranito. Le dijo al muchacho lo mismo que al otro, que tenía que seguir di atrás de las ovejitas, pasar cuando pasaran ellas, y no tenía que asustarse de ninguna cosa que viera y entregar la carta a una señora de hábito negro y volver.

El muchacho dijo que güeno, pero, como era flojón, no tenía muchas ganas de molestar, pero qué iba a hacer, no tenía más remedio que trabajar. Al otro día de madrugada le entregaron las siete ovejitas y en cuantito agarró el camino la tropillita, él siguió di atrás. Anduvieron y llegaron a un gran río de aguas cristalinas. Muy profundo se vía el río y llenito venía, se rebalsaba de oría a oría. Creyó el muchacho que las ovejitas s'iban a parar, pero pasaron no más. Aquí me voy a augar, pensó el muchacho. Yo no m'hi conchabáu pa esto. Y áhi no más pegó la güelta. Las ovejitas apenas se mojaban las pezuñitas, y pasaron como si nada juera. Volvió el muchacho y le contó al señor lo que le había pasado. Y el señor le dijo:

-Güeno, amigo, si ha síu tan flojo que no si ha animáu a pasar el río, ¡qué le vamos a hacer! ¿Qué quiere que le dé, un Dios te lo pague o un almú de plata?

238

Y entonce el muchacho, que era muy interesado, le dice:

-¿Y qué quiere que haga, señor, con un Dios te lo pague?; déme no más el almú de plata.

Bué... El señor lo despidió y el muchacho se jue muy contento, con las alforjas llenitas de plata.

En las casas, los viejitos 'taban enfermos de tanto llorar lo que los dos hijos no volvían. Pensaban que se hubieran perdido o que se hubieran muerto. Entonce, el hijo menor, le dijo a la viejita:

-No llore, mamita, yo voy a ir a saber ánde 'tán mis hermanos, y a

trabajar pa tráile pan y todo lo que necesitan mis dos viejitos.

Y la viejita muy afligida le contestó:

-¡Ay, no m'hijito! ¡Ande se va a ir usté, tan chiquito! ¡Me le va a pasar algo! ¡Se va a perder, se me va a morir di hambre y de sé por áhi, o lo van a comer las fieras del campo!

Y el chico le pidió tanto a los viejitos que lo dejaran ir y que le echaran la bendición, que al fin cedieron. La viejita le preparó unas tortas y unos quesillos y se los puso en las alforjas, como a los otros hermanos. Los viejitos lloraban, porque él era el más güeno de los hijos; que los quería y atendía más, y lo iban a estrañar muchísimo. Pero era el más alentáu, y mejor mandáu, y más atencioso. Ellos pensaban que iba a tener mejor suerte, aunque era tan chico, que daba lástima verlo que se juera solito. Ensilló el único caballito que tenía, flaco y viejo. Bué...

L'echaron la bendición los viejitos y se jue. Anduvo y anduvo y anduvo, y jue muy lejo. Llegó al camino aquél, ande sus hermanos encontraron al viejito que pedía una caridá, y él también lo encontró. Se saludaron:

-Güen día, hijito.

-Güen día, señor -contestó el chico, sacandosé el sombrero, muy respetuoso.

-¿Tenís algo, hijito, que me dís, pa comer?

-Sí, tata viejo, tengo torta y quesillo, que me dio mi mamita cuando salí a rodar tierra.

239

Y el chico le dio al viejito todo lo que le quedaba de la torta y del quesillo que l'hizo la madre.

-Qué Dios te lo pague y te dé de todo en abundancia, y que te haga alentau y valiente p'andar por el campo y pa vencer todos los inconvenientes.

El chico, muy contento de lo que había hecho con el viejito que pedía limosna, siguió y siguió. Llegó a la casa grande ande vivía el señor rico, y llegó y lo hicieron pasar adelante. Saludó y pidió conchabo. Le dijieron que sí, que necesitaban un muchacho para un trabajo. Salió el señor, lo saludó y le dijo si se animaba a llevar una carta a una señora viuda, que vivía muy lejos.

-¡Cómo no señor! -le dijo el muchacho dispuesto a hacer lo que juera.

-Güeno, vas a seguir unas ovejitas que te van a entregar mañana tempranito, y tenís que pasar muchos peligros, hasta que lleguís ande 'tá la señora, y tenís que entregarle la carta. Sois tan chico que no sé si te vais a animar a hacer el encargue.

-Sí, señor, pierda cuidau, que yo sé trabajar y sé cumplir.

Bué... El muchacho mayor en ese tiempo, llegó a las casas de los padres. De lejo, no más, empezó a gritar:

-¡Abran las sábanas, mis padres, que traigo las alforjas llenas de plata!

¡Abran las sábanas, que traigo dos cargas de plata!

Ya salieron los viejitos corriendo y sacaron sus sabanitas y las abrieron en el patio, recontentos de que volvía el hijo y de que nu iban a ser más pobres. Y llegó el muchacho y abrazó los viejitos, y vació las alforjas.

¡Dios Santo y María Santísima!, mierda no más caiba, con un olor que no se podía más... Los viejitos s'enojaron muchísimo crendo que el hijo les faltaba, y le echaron en la cara el atrevimiento. El muchacho si acordó de las palabras del viejito y se calló, y les contó lo que le había pasado, y

se dieron cuenta qu'era un castigo de Dios.

El segundo hijo llegó unos días después. También venía gritando de lejos, no más:

-¡Abran las sábanas! ¡Abran las sábanas que traigo dos cargas de plata!

240

Los viejitos créidos, otra vez, abrieron las sabanitas en el patio.

Estaban lo mismo muy contentos de que volviera el hijo traendo plata. Y llegó el muchacho y se apió, y abrazó a los viejitos, y ya vació también las alforjas. ¡Dios nos favorezca! Mierda no más cayó, otra vez. Más hedionda y más pior que l'otra. Los viejitos se enojaron más y quedaron muy resentidos con los hijos que les hacían esa farsa y eran tan malos. El hijo contó también, lo que le había pasáu, que era, ¡claro!, un castigo de Dios.

Vamos a ver qué hizo el menor. Tempranito al otro día, llegó, le entregaron las siete ovejitas. Él las siguió. Caminó, caminó, caminó... Ya llegaron al río crecido de aguas cristalinas. El chico vio que venía muy crecido, de oría a oría. Las ovejitas comenzaron a pasar. Cuando él vide eso, que los animalitos pasaban, tuvo vergüenza de ser cobarde y s'entró también. Las ovejitas apenas se mojaban las pezuñitas. Su caballito, también, apenas se mojaba los vasos. Ya cruzaron y siguieron. Más allá, encontraron un río, un río de leche. El muchacho se sorprendió mucho de esto, y tan grande era, que le dio miedo. Pero vido que las ovejitas pasaban, y él di atrás, haciendosé corajudo, pasó también. Apenas se mojaban las pezuñas de las ovejitas, y lo mismo, apenas se mojaban los vasos del caballito. Y seguían andando. Más allá encontraron un río de sangre que rebalsaba de oría a oría, y se vía que era muy hondo. Le dio mucho miedo, pero las ovejitas pasaban y él pasó también, siempre de atrás. Apenas se manchaban las pezuñitas de las ovejitas y lo mismo los vasos del caballo. Ya pasaron y siguieron. Más allá encontraron dos peñascos muy grandes que se chocaban, que se separaban y se juntaban, y saltaban chispas. El muchacho pensó qui áhi s'iban a aplastar. Llegaron las ovejitas y cuando se abrieron las piedras, pasaron, y él áhi no más pasó con ellas. Por un chiquito no lu agarran las peñas, lo que se volvieron a juntar. Siguieron. Las ovejitas, al pasito largo, y él atrás. Más allá vio dos cristianos colgados de la lengua. El chico 'taba muy impresionado, pero siguió no más. Más allá vio en un potrero de alfa, hermosísimo, unos güeyes que ya se morían de flacos, el cuero pegau a los güesos. Más allá encontró unos güeyes lustrosos de gordos en un peladar. Más allá encontró una oveja con un corderito que jugaban los saltos, los dos. Después de andar un rato, devisó una casita blanca. Llegaron 241→ las ovejitas. Cruzaron el patio y jueron y se echaron abajo de unos árboles, a la sombra. Salió una señora viuda y el muchacho se dio cuenta que áhi era ande lo mandaban. La casa 'taba llena de flores y cantaban pajaritos. Él 'taba encantado y saludó:

-Güen día, señora.

-Güen día, hijito -le dice la señora, muy atenta-. Pase adelante, hijito, ¿cómo le va yendo? ¿Qué se le ofrece?

-Bien señora. Aquí me manda el señor, dueño de las ovejitas que le entregue esta carta.

La señora muy cariñosa lo trató muy bien. Le dio de comer y lu hizo dormir

la siesta con la cabeza en la falda d'ella, mientras lo espulgaba. Lo despertó y le dijo que había dormido diez años. El muchacho creía que había dormido un ratito.

-¿Tenís qué comer, hijito? -le preguntó.

-No señora -le dijo él.

Agarró la señora y partió de un pan y un queso, una tajada de cada uno, y le dio al muchachito pa que juera comiendo.

-Mirá, hijito -le dice la señora-, cuando te váis no tengáis miedo. Seguí no más di atrás de las ovejitas como hais venido.

Lo despidió la señora muy cariñosamente y le arrió las ovejitas por el camino. El muchachito siguió otra vez de atrás. Se puso a comer queso y pan, y comía y comía, y el pan y el queso quedaban siempre del mismo ser, no se consumía. El chico se dio cuenta que tenían una virtud, y se puso muy contento. Ya volvieron a encontrar lo mismo que a la venida. La ovejita con su corderito que saltaban y brincaban, jugando muy contento. Los güeyes gordísimos, en el potrero pura piedra. Los güeyes flacos en el alfalfar florecido. Los dos hombres colgados de la lengua. Las piedras que se daban unas contra otra y hacían saltar chispas de juego, y volvió a pasar di atrás de las ovejitas, raspando que no lo agarraran. Al río de sangre que le dio tanto miedo y lo volvió a pasar, y al río de leche, llenito, y al río di agua cristalina, crecido. Siempre iba el muchachito di atrasito no más de las ovejitas, que lo libraban de todos los peligros. Después de tanto andar, llegaron por fin, a las casas grandes del patrón, del señor que lo había conchabau. Ya salió a recibirlo el señor y el muchachito l' entregó una carta, 242 que era la contestación. Bué... El señor le hizo dar de comer y lo mandó a dormir. El chico 'taba muy cansau y impresionau, y se jue a dormir.

Al otro día le dice el señor:

-Y contame hijito, que hais visto.

Y el chico le contó todo lo que había encontrau, y el señor le jué diciendo qué era.

-Primero, encontré un río muy grande y que llevaba una gran crece di aguas cristalinas.

-¡Ah!, ésas son las ládrimas que la Virgen redamó, cuando perdió a su hijo. Son las ládrimas que las madres pierden por sus hijos cuando sufren por ellos.

-Después encontrí un gran río de leche.

-Ésa es la leche que redamó la Virgen cuando Jesús era chiquito y anduvo perdido.

-Después encontrí un río de sangre qu'iba rebalsando y que me dio mucho miedo.

-Ésa es la sangre de la Virgen cuando tuvo a Jesús y es la sangre de las heridas de Jesús cuando lo crucificaron.

-Después, encontrí dos peñas, una di un láu y otra di otro del camino, que se juntaban y se separaban, y se volvían a juntar chocandose y haciendo saltar chispas de juego. Así 'taban siempre, golpiandose con toda la furia. Cuasi me aplastaron cuando pasí.

-¡Ah!, ésas son las malas comadres, que en vez de respetarse se ofienden.

-Después encontrí dos hombres colgados de la lengua.

-¡Ah!, ésos son los caluniadores, los que levantan mentiras y falsos

testimonios a los demás.

-Después encontré dos güeyes que se morían de flacos en un potrero con una alfalfa que les llegaba al pecho di alto, florecida que daba gusto.

-¡Ah!, ésos son los ricos avarientos, que nunca se conforman con nada, y que guardan sus posibles, y viven como miserables de lo último.

-Después... encontré dos güeyes lustrosos de gordos, en un peladar, de pura tierra y piedras.

243

-¡Ah!, ésos son los pobres avenidos, que se conforman con lo que tienen, viven contentos con poco, y a todo se allanan. Son felices dentro de sus pobreza, porque Dios nunca les falta.

-Después encontré una ovejita con su corderito, saltando y brincando y retozando, muy contentos.

-¡Ah!, esa es la güena madre, que se desvive por sus hijos y los trata con cariño, y es el güen hijo que respeta y quiere a sus padres y 'ta siempre dando güenos momentos a sus padres.

Las siete ovejitas que te acompañaron, son siete ángeles. Son las mismas siete cabrías que están en el cielo, hechas estreias¹²³. El viejito lismonero que te pidió limosna en el camino era Dios Nuestro Señor, que anda por el mundo para ver la caridá de los cristianos con los necesitau y con los viejos que ya no tienen nada. A vos te ha premiau Dios porque juiste güeno y le distes todo lo que te quedaba de comer, pero tus hermanos fueron castigados por mezquinos y mal hablaus.

Y lo felicitó. Ya cuando le quiso arreglar las cuentas le preguntó:

-¿Cómo querís que te gratifique, con un Dios te lo pague o con un almú de plata?

Y el chico le contestó muy humildito:

-¡Qué voy a hacer con un almú de plata! Eso se gasta algún día. Déme un Dios te lo pague, que eso no se gasta jamás, en la vida.

-Güeno, hijito, que Dios te lo pague, y que te vaya bien en tu viaje.

Ya se jue el muchachito. Comiendo se jue, el pan y el queso que le había dau la Virgen, y que comiera lo que comiera, no se acababa ni se achicaba.

Yba muy contento lo que iba a ver a sus viejitos.

Ya llegó el chico y salieron los viejitos, llorando de contentos, lo que vieron que volvía el hijo, que no se había perdíu, tan chico como era, hecho un joven. También se vieron los hermanos. Ya después que pidió la bendición a los padres y los saludó, contó todo como había andau y lo que le había pasau, y todas las cosas ²⁴⁴que vido. Y los hermanos se reiban porque le dieron un Dios te lo pague, pero los padres 'taban contentos de ver lo güeno que era el chico. Y ya salió para desensillar el cabaíto, cuando vieron que 'taban las alforjas llenecitas de plata.

Lloraban otra vez los viejecitos, al darse cuenta del premio de Dios, y el chico se puso contentísimo de que podía remediar la pobreza de todos, y sacaron las sábanas los viejitos y las llenaron de plata. Los hermanos 'taban muy triste lo que vieron el castigo de ellos. Y así tuvieron para vivir en la abundancia toda la vida, y pan y queso que no se acababan nunca. Y vivieron una porción de años todos muy felices.

Y entro por un caminito y salgo por otro para que usté me cuente otro.

*Pilar de Ochoa, 48 años. La Cañada. Capital. San Luis, 1929.
Campesina analfabeta. Buena narradora.*

El camino del cielo (San Luis)

Había una vez una viejita completamente pobre. Tenía tres hijos. El primero, el mayor de todos, se llamaba Pedro, el que le seguía se llamaba Diego, y el menor de todos se llamaba Juan. Seguramente a éste, dice, le pusieron Juan porque tenía que haber sido pícaro. Aquí, nosotros, a los zorros, que son muy vivos para ir a los gallineros, no les llamamos zorros, les decimos Juan. Y a los niños vivos y pícaros, les llamamos zorros -decía doña María, que me contó este cuento.

Encontrandose la viejita muy pobre y con sus tres hijos, un día, el mayor le dice:

-Mire, mamá, estamos tan pobres, que a mí me duele verla trabajar a usted. He dispuesto salir yo a rodar tierra.

-Y bueno, si estás dispuesto, vos sabés.

-Así que para mañana temprano, le voy a pedir que me tenga en las alforjas unas tortas para seguir mi viaje.

Así lo hizo. En la mañana se despide cariñosamente de su madre y se va a rodar tierra.

Al poco andar, llega a la casa de un viejito muy viejo, por cierto. Se golpea las manos. Sale el viejito y le dice:

-¿Qué querés muchacho? ¿Qué andás haciendo a estas horas?

-Señor -dice-, ando buscando trabajo.

246

-¡Ah! -dice-, si es eso, yo te puedo dar trabajo. Para mañana temprano, te voy a mandar que me llevís una carta a mi madre.

-Pero yo no sé adónde vive su madre, señor.

-No tengas duda por eso. Yo te voy a dar un burrito. Vas a ir montado en un burrito. Y un choco va ir adelante y el burro lo va a seguir. Ninguno se va desviar. Pero te voy a recomendar una cosa. En el camino vas a encontrar unos gauchos. Están en la falda de una loma. Son hachadores. Y gente de mal vivir, envidiosos. Cuando te vean te van a llamar, pero vos tenés que seguir.

Dicho y hecho, temprano salió el muchacho.

Llegó al lugar donde 'taban y lu empezaron a llamar:

-¡Venga! ¡Venga! ¡No se vaya! ¡Venga aquí! Va a trabajar con nosotros y se va a divertir. Venga a los ricos pasteles, al asado.

El muchacho se consintió. Fue allá. Se estuvo dos días. Se volvió a la casa.

Cuando vuelve le preguntó el viejito:

-¿Y fuiste donde te mandé?

-Sí, señor.

-¿Entregaste la carta a mi madre?

-Sí, se la entregué.

-¿Y qué dijo?

-No dijo nada.

-Ahora -dice- quiero ir a la casa de mi madre, a verla, y espero que me pague.

-Y bueno -dice.

-¿Qué querés que te pague, un Dios te lo pague o un almú de plata?

-Y, señor -dice-, un almú de plata, yo soy pobre, señor; un almú de plata.

-Bueno, aquí lo tienes.

Trajo las maletas y las llenó. Se fue. Antes de llegar a la casa fue a mirar si llevaba el dinero que le habían pagau. Entra 247 la mano, qué, se le volvían moscas, arañas. Y qué, el muchacho se vio obligado a tirar las maletas. Se fue a la casa de la viejita. Y le pregunta:

-¿Cómo te fue?

-Y mal -dice-. Yo no sé. El patrón me pagó ahí un almú de plata y las maletas las hi tenido que tirar porque ¿usté sabe lo que se volvió eso? Se volvió moscas y bichos.

-¡Ah, hijo! ¿Vos no sabes con quién has estado ahí? Ese hombre -dice- sabe bien que vos no has hecho lo que te ha mandado. ¿Y sabís que quién tiene que ser? Ése tiene que ser Dios que ti ha castigau.

'Taban los otros oyendo. Dicen:

-Bueno, si supuesto a éste li ha ido tan mal -dice Diego-, iré yo.

Al otro día estuvieron las maletas con las tortas hechas. Y se fue.

Pues, la casualidá, llega a la misma casa. El viejito, un viejito canoso

-dice- con una barba que le daba al pecho:

-¿Qué andás haciendo, muchacho?

-Buscando trabajo.

-Y bueno, yo te doy trabajo. Te voy a mandar mañana que me llevés una carta a mi madre.

-Pero yo no sé dónde vive su madre. ¿'Tá muy lejos?

-No, no tengás cuidau por eso -dice-. Yo te voy a dar un burrito ensillado. Hay un choco que sigue adelante, ¿no? Y te voy a dar estos algodones. Vas a pasar por la falda di una loma adonde están unos hachadores y te van a llamar. Tapate bien los oídos con estos algodones. Que no vayas a sentir nada.

Y se fue.

Cuando el muchacho vio los hachadores, dice:

-Pero, cómo me voy a tapar los oídos si éstos me están llamando. Voy a ver qué me dicen.

Y empezaron a decir:

-¡Venga, amigo, a las ricas empanadas, al rico vino, al rico asado!

248

Y fue allá y se quedó.

Al tercer día volvió a la casa del viejo. Bueno. Y le dice:

-¿Cómo te fue?

-Bien.

-¿La viste a mi madre?

-Sí.

-¿No contestó nada?

-No contestó nada.

Y bueno...

-Ahora, ¿qué vas hacer?

-Áhi tiene, señor, el perro y áhi tiene el burro. Me voy a casa.

-Bueno, ¿qué querís que te pague, un Dios te lo pague o un almú di oro?

-Señor -dice-, yo soy pobre, quiero llevarle a mi madre algo. Quiero el almú que mi oferta.

-Bueno, ¿qué tienes para llevar?

-Las maletas.

Le llenó las maletas di oro y se fue.

Antes de llegar, contento el muchacho, mete la mano en las maletas. Otra vez, hormigas, avispas, que salían. Qué, tiró todo. Llegó a la casa y dice:

-Este viejo debe ser un condenado, dice, un sinvergüenza. Mire, mamita, con lo que me paga.

-Y bueno, pero si vos nu habrás hecho lo que él te mandó. Se quedó callau el muchacho.

-Bueno, si a ustedes les ha ido tan mal -dice el más chico-, voy a ir yo.

-Andá, Juan. Vos sos más diablo. Vos sos un zorro, a vos te va ir bien.

-Claro, que me va ir bien -dice-. Para mañana las tortas listas y las maletas y yo me voy. Voy a llegar por la casa del viejito. Y me marchó.

249

Llegó por áhi y le dice:

-Bueno, me le va llevar una carta a mi madre. Pero usté va ir a la casa de mi madre. No vaya hacer lo que han hecho sus hermanos, ¿eh? Yo lu estoy sabiendo. Ellos si han portado muy mal, por eso los hi castigado.

-No, señor, si yo voy a ir. Ahora déme el baquiano, no más.

El baquiano es el burrito y el choco.

Muy bien. Llegó la mañana. El burrito 'taba listo y el choco saltando.

-Mirá, en la ladera, de aquí a media hora, vas a llegar y allá te van a llamar. Tomá estos algodones. Tapesé bien los oídos, amigo. Bien los oídos y no mire para atrás para nada.

Se fue.

Cuando llegó a la ladera, vio que los hachadores li hacían señas. Siguió.

Nada oyó.

Había caminando un trecho. ¡Un río con unas aguas cristalinas!

-¿Y cómo paso esto?

Cuando ve, el choco, encara el río. Y el burro también. Bueno. Sigue adelante. Y este choco sigue y sigue, y el burro, también. Que no lo deja.

Al poco andar, ¡ay, qué sorpresa!, ¡un río crecido de sangre!

-¡Qué digo esto! ¿Qué será esto? -dice-. ¡Cómo hi venido yo a hacer este viaje tan penoso! ¡Y dónde paso!

Cuando ve que se zampa, ya, el choco. Y el burro ya se zampó también.

Bueno... Y siguió adelante. Al poco andar, dos peñas bien bolas, que se abrían y se juntaban. ¡Y no había por donde pasar, señor! Había que pasar por medio de esas piedras.

-¿Y si me agarra el burro y me lu hace pedazo, u mi hace pedazo a mí con burro y todo? ¡Me volveré!

Cuando vio al choco, cuando si abrieron las piedras, pasó. Y áhi no más el burro pasó. Le cortan la cola al burro. ¡Menos mal! Bueno. Y siguió, siguió...

Al poco tiempo encuentra un campo hermosísimo. Agua abundante. ¡Un pasto!
Las vacas perdidas en el pasto, pero se morían de flacas. Nu había una de
disponer y decir esta vaca 250 está gorda. Más allá, d'ese campo,
otro, un peladar y unas vacas gordas que estaban como para rajarlas con la
uña. ¡Qué cosa bárbara -dice- yo nu he visto nunca esto! Es un fenómeno,
¿qué es lo que hay aquí?

Siguió adelante. Al poco andar, una casa hermosa con una quinta. Llega.
Sale una señora vieja y le dice:

-Pero, hijo, ¿cómo ti ha ido de viaje?

-Bien, señora.

-¿Qué me traes?

-Aquí le traigo una carta, señora, que le manda su hijo.

-¡Muy bien!

-Desensille m'hijo. Largue el burro. No tenga cuidau por nada. Y andate a
la quinta, comé de la fruta que querás, y cuando ya querás volver, vení.

Aquí hay cama, aquí tenés todo.

-Muy bien.

-Áhi estuvo. Le pareció poco tiempo.

Le dice la señora:

-Ahora tenés que volver y llevale esta carta a m'hijo.

Y él pensaba:

-¿Y esta señora? Tiene que ser la madre de Dios -entre él pensaba. Ésta
tiene que ser.

Ensiló, dijo adiós, y se fue. Recorrió el mismo camino. Llegó a la casa.

Salió el viejito. Lo recibió y le dice:

-¿Cómo ti ha ido?

-Bien.

-¿Qué me traes?

-Aquí tiene esta carta.

-Muy bien.

La leyó.

-Bueno, te felicito. ¿Y qué te parece dónde has ido? ¿Qué te parece dónde
has ido? ¿Es lindo?

-Señor, ¡lindísimo!, ¡lindísimo!

-¿Y sabés dónde has estado vos? Ésa es la madre de Dios. ¿Y qué te parece?
¿Qué tiempo habrás estado?

251

-Y, habré estado cuatro o cinco días.

-Pero, ¿cómo cuatro o cinco días? Si cuando te fuiste eras muchacho y
ahora vienes de barba. ¿Ves? Has estado 10 años.

-Y bueno, yo no sé señor cuánto habré estado.

-¿Sabés por qué es eso?, que no lu has sentido, porque has estado
encantado allá.

-Sí, señor, es muy lindo.

-Ésa es la gloria. Estabas en el cielo. Ahora me vas a decir qué es lo qui
has visto.

-En el camino -dice- cuando recién había recorrido un tramo largo, estaban
unos señores en la falda di una lomada. Y me empezaron a llamar. Me
llamaban y me llamaban. Yo me tapé bien los oídos y seguí. No miré más
para atrás.

-¿Y vos sabés quiénes son éstos? Son los malvados enviciados, que envician a los hombres. Hiciste bien en no llegar. ¿Qué más encontraste?

-Un río con una agua cristalina.

-¿Y sabís qué es lo que es eso? Son las lágrimas de tu madre que llora por vos. ¿Y después, qué más encontraste?

-Un río de sangre.

-Ésa es la sangre que tu madre ha derramado por vos. ¿Qué más has encontrado?

-Unas piedras -dice- que se 'taban golpiando.

-Ésas son las malas comadres. Que no hacen otra cosa que difamarse, que se ofenden unas a las otras. ¿Qué más has visto?

-Un campo hermoso y una hacienda flaquísima.

-¿Y sabés qué es lo que significa eso? Los ricos envidiosos. ¿Qué más encontraste?

-Un campo, un peladar, pero las vacas muy gordas.

-Ésos son los pobres. Esa hacienda son los pobres bien intencionados.

-Llegué a la casa de la señora.

-Bueno, ahí es la casa de la Virgen María, es la casa de mi Madre. Ahora te voy a despachar. Andate a tu casa. Ya vas hecho un hombre. ¿Qué querés que te pague, un almú de plata, un almú di oro, o un Dios te lo pague?

252

-Yo, señor, me conformo con un Dios te lo pague.

-Y bueno, muy bien, si sos honesto, un Dios te lo pague, y listo.

Si iba yendo y le dice:

-Vení, te voy a dar esta flautita. Cuando vos necesités alguna cosa, tocás la flauta y decís: flautita, por la virtud que Dios te dio dame tal cosa.

La llevó, la echó al bolsillo. Antes de llegar, el muchacho dice:

-Voy a ver si es cierto -dice-. Voy a ver si es cierto que este Dios tiene tanto poder.

Y dice:

-Flautita, por la virtud que Dios te dio, haceme un hombre con un traje especial, una mula con apero, pero especial.

La tocó. Se le apareció el traje y la mula, una mula negra, hermosa, muy bien aperada.

-Y ahora, flautita, por la virtud que Dios te dio, me das unas maletas llenas di oro y de plata para llevarle a mi madre. Tocó la flauta y se le llenaron las maletas de oro y de plata. Siguió. Llegó a la casa de la madre. Cuando llegó, golpió las manos.

-Señor, ¿quí anda buscando? -le dice.

-¿No me conoce mi madre? -dice-. Si soy Juan, mama. ¿No me conoces?

-Y qué te voy a conocer, mirá cómo venís. ¿Cómo ti ha ido?

-Muy bien.

-¿Y qué traes aquí?

-Un almú de oro y un almú de plata. Ahora -dice-, a este rancho lo vamos hacer desaparecer.

Tocó la flauta y dice:

-Flautita, por la virtud que Dios te dio, dame un palacio donde haiga de todo, sirvientes y todo, para vivir con mi madre y mis hermanos.

253

Si apareció un palacio hermoso, con todo.

Aquí si acaba el cuento,
con un zapato roto
para que usted cuente otro.

*Samuel Zavala, 65 años. La Carolina. Pringles. San Luis, 1969.
El narrador aprendió este cuento de María Salinas, de 95 años, nativa del
lugar y que sabía muchos cuentos.*

Ramoncito, el hijo fiel (Córdoba)

Que era una viejita que tenía tres hijos, Juan, Pedro y el menor,
Ramoncito.

Después 'taban muy pobres y la madre muy enferma. Y entonces disponen entre
los tres salir a buscar trabajo.

Salió uno y quedaron dos para atender a la madre. Pero a los pocos días se
cansó el del medio y salió también y lo invitó al hermano menor, no
aceptando éste, por no dejar su madre abandonada.

Después se juntaron Juan y Pedro y siguieron rodando tierra. Y se
separaron en un lugar determinado en donde se quedaron de juntar.

Y sigue Juan, el mayor, encontrando un ranchito en el medio del campo, de
donde salió un viejito, y le dijo:

-¿Para dónde va mi buen mozo?

-A buscar trabajo, señor.

Entonces el viejito le dijo que él le daba trabajo, que se quede y le da el
trabajo. Lo manda a llevar una carta a una señora, alvirtiendolé que en el
trayecto del camino encontrará tres ríos, uno de agua, otro de sangre y
otro de leche. Pero que él tratara de pasar no más, que no tuviera miedo.

Entonces Juan salió de viaje a llevar la carta. Llegó al primer río de
agua. El río iba muy crecido y pensó que se podía ahogar. Y entonces dijo:

-El viejito no va a saber lo que yo hago. Le digo que he entregado la
carta y él lo va creer -y tiró al río la carta.

255

Y así hizo. Y entonces el viejito le dice que le va a pagar y le pregunta:

-¿Qué querís más, si dos cargas de plata o un Dios te lo pague?

Entonces éste le contesta que le dé dos cargas de plata.

El otro hermano llegó también a la casa del viejito y el viejito lo
recibió con las mismas palabras:

-¿Para dónde va mi buen mozo?

-A buscar trabajo, señor.

Entonces el viejito le dijo que él tenía un trabajo, que se quede ahí. Y

Pedro se quedó. Entonce le dijo que tenía que llevar una carta a una señora. Que tenía que seguir ese camino. Que iba a encontrar tres ríos, uno de agua, otro de sangre y otro de leche. Y que los pase a los tres, que no les tenga miedo. Y Pedro salió de viaje con la carta. Llegó al primer río, el de agua, y lo vio tan crecido que tuvo miedo de ahogarse. Entonce dice:

-El viejito me va crer si le digo que hi entregado la carta. Di aquí no más me vuelvo -y tiró la carta al río.

Y le dijo al viejito que había entregado la carta. El viejito le dijo que le iba a pagar, y le preguntó:

-¿Qué querís más, si dos cargas de plata o un Dios te lo pague?

-Las dos cargas de plata -dijo Pedro.

El viejito le dio las dos cargas de plata y se fue a su casa, Pedro.

Y a todo esto, la madre de éstos había fallecido, a la cual atendió Ramoncito hasta los últimos momentos de su vida. Y cuando volvieron los dos hermanos mayores, por ser éste más chico, lo desterraron de la casa, le quitaron lo que tenía y quedó él como abandonado.

Entonces Ramoncito dispone salir a rodar tierra. Y la casualidá o el destino, sigue por el mismo camino que sigue su hermano Juan y su hermano Pedro y pasa por la casa del viejito, y llega:

-¿Para dónde va mi buen mozo? -le dice el viejito.

256

-A buscar trabajo, señor -le dice el chico. Entonce el viejito le dice que él le daba trabajo.

Y ya quedó el chico y el viejito le dio la carta y le esplicó lo de los tres ríos.

Al otro día salió Ramoncito de viaje llevando la carta. Llegó al río de agua. Lo vio que 'taba muy crecido, y dijo:

-Sea lo que Dios quiera -y atropelló en el caballo. Aunque el río era de mucho caudal, su caballo lo pudo pasar sin inconveniente. Pasando este río encontró el río de sangre. Mucho lo impresionó, pero se armó de coraje, y dijo:

-Sea lo que Dios quiera -y atropelló.

Pasó lo mismo aunque era un río muy caudaloso. Después pasó al río de leche. También estaba muy crecido, pero dijo:

-Si he pasado dos ríos tan crecidos por qué no voy a pasar otro más. Sea lo que Dios quiera.

Atropelló y lo pasó galopando como si fuera un camino. Sigue el viaje. Más allá encuentra dos piedras que se daban una con otra. Siendo el camino angosto y el único lugar por donde tenía que pasar no sabía qué hacer.

Entonce, aprovechando un momento dado, atropelló con su caballo y pasó.

Más allá, encontró animales completamente gordos que estaban en un peladar. Más allá encontró en un campo de pasto hermosísimo, animales que el viento los ladiaba de flacos.

Siguiendo su camino alcanzó a ver a la distancia una casita blanca, y se dio cuenta que era el lugar en donde debía entregar la carta. Llegó y salió una señora vestida de blanco. Era a quien debía entregar la carta y se la entregó. La señora lo recibió con mucho cariño y también lo despidió como una madre.

Regresó a la casa del viejito y le dijo que había hecho el trabajo.

Entonces él le preguntó con qué se conformaba más, si con dos cargas de plata o un Dios te lo pague. Entonces Ramoncito pensó que él era joven y podía trabajar, no pudiéndolo hacer ese viejito, y le dijo que se conformaba con un Dios se lo pague.

Entonces le dijo que explicara lo que había visto en el camino. Ramoncito iba diciendo todo lo que encontró y el viejito le explicaba. El río de agua eran las lágrimas que derramó la Virgen por el hijo y las lágrimas de todas las madres. El río de sangre, la sangre que derramó Jesús por sus heridas. El río de leche, la leche que derramó la Virgen cuando criaba a Jesús. Las piedras que se golpiaban, los compadres que se viven ofendiendo y peliando. Los animales gordos en el peladar, los pobres resignados y los animales flacos en el campo de pasto alto, los ricos avarientos.

Y se despiden y cuando Ramoncito sale a unos cuantos metros lo llama y le dice:

-Tome, buen mozo, esta varita de virtud y pídale lo que usted necesite.

Dígame: Varita de virtud, por la virtud que Dios te ha dado, dame tal cosa.

Y lo va a tener al momento.

Y entonces le dijo que él era Dios y que la señora a la que le había llevado la carta era la Virgen.

Y agradeció por todo al viejito y se fue. Llegó al árbol en donde descansaron él y sus hermanos, y dijo Ramoncito:

-Voy a probar la varita.

Y le pidió a la varita que le traiga los mejores manjares. Y ahí no más tuvo una mesa muy bien servida. Entonces, viendo la suerte que lo acompañaba dispuso volver a su pueblo.

Y volvió al pueblo y compró una casa y siguió viviendo cerca de sus hermanos. Ya los hermanos 'taban muy pobres porque las cargas de plata que les había dado el viejito se les había convertido en carbón. Entonces estos hermanos se pusieron muy envidiosos del hermano menor.

Entonces se dieron cuenta de que el menor había sido favorecido por Dios y ellos castigados, pero ya era tarde.

Juan Muñoz, 59 años. El Pedacito. Villa General Mitre. Totoral. Córdoba, 1952.

El narrador, semiculto, oyó contar este cuento desde niño a sus padres y a muchos lugareños.

El camino del cielo (Santa Fe)

Una señora tenía tres hijos. La viejita era una viejita muy creyente. Los hijos trabajaban en el campo en hacer leña, en romper piedras y en otros trabajos. El hermano menor era muy güeno pero los hermanos mayores eran malos y no lo querían al menor. Lo reventaban trabajando y vivían a costillas d'él.

Bueno... Entonces un día se les aparece Dios a los tres, ande trabajaban.

Se les aparece como un anciano barbudo. Como un anciano se les presentó y les dijo si querían trabajar con él, que él les iba a pagar bien. Que les iba a pagar un buen sueldo. Que trabajaran para sostener la madre. Entonces se pusieron a trabajar con el anciano.

Después de haber trabajado como ocho o diez días, este anciano lo mandó al hermano mayor con una carta para la madre de él. El muchacho subió a caballo y se fue. Lo primero que encontró fue un gran río y se acobardó y se volvió. Entonces el anciano le dijo que ya no tenía trabajo para él, y que qué deseara que le pagara, una bolsa de oro o un Dios te lo pague. Entonces él no quiso un Dios te lo pague, quiso la bolsa de oro. Y el anciano se la dio y él se fue.

Entonces lo mandó al segundo a llevar la carta. También fue a caballo. Encontró el río muy crecido y se volvió. Entonces el anciano le dijo que no tenía trabajo para él y que qué quería que le pagara, si una bolsa de oro o un Dios te lo pague. Entonces el segundo quiso el oro y no el Dios te lo pague. Y él se fue.

259

Entonces llamó al tercero, al menor, y le dijo que tenía que llevarle una carta a la madre, y él le aceptó, porque él nunca decía que no, siempre estaba avenido a lo que le decían, mal o bien.

Entonces el viejito hizo la carta para que se la lleve a la madre. Y le dio un caballo muy lindo. Y le dijo que encontrara lo que encontrara él tenía que llegar adonde estaba la madre, que en el camino iba a encontrar muchos inconvenientes. Le dio un pedacito de pan y un poquito de vino para que comiera y bebiera. Le dijo que el vino era remedio también. Le dijo que tenía que llegar a la primera casa que encontrara, que ahí vivía la madre. Entonces él subió a caballo y se despidió, y se fue.

Lo primero que encontró en el camino fue un gran río de aguas claras, muy profundo. El muchacho no tenía miedo a nada, enderezó su caballo y pasó a nado al otro lado. Y siguió por el camino. Cuando ya había marchado largo trecho encontró un río blanco, que era como leche. Se paró un momento, pero enderezó también su caballo y pasó con facilidad. Continuó por el camino. Al largo rato de andar encontró un río colorado, como de sangre. Le dio miedo ver este río muy crecido de sangre, pero se acordó de las palabras del anciano, enderezó su caballo y pasó. Y siguió su camino no más. Entró a un monte muy espeso. En el trayecto que iba encontró dos colgados de la lengua y heridos de la lengua. Entonces se compadeció, los bajó y los curó con el vino que llevaba y les dio pan de comer. Y siguió por el camino; no lo abandonaba. Al haber marchado un largo trecho, al largo trecho de andar, le impidió el paso dos piedras que se estaban golpeando en el camino. Entonces él se detuvo largo rato porque buscaba el modo de pasar. Y como las piedras se golpeaban así, él esperó que se separaran para pasar. Y al fin pasó con toda rapidez en su caballo, que casi lo agarraron las piedras. Y continuó su camino.

En todo el camino este joven había comido el pancito y había tomado vino, y siempre estaban como se los había dado el anciano, no se acababan nunca.

260

Entonces siguió y al rato vio un campo muy verde y a lo lejos divisó un árbol con una casita. Entonces se dirigió ahí, porque esa era la primera casa que encontraba y el anciano le dijo que ahí vivía la madre.

Llegó a la casita y salió una anciana. Lo recibió muy cariñosa y él le entregó la carta.

Entonces lo hizo pasar, le dio de almorzar y le dijo que se arrecostara la siesta. Le trajo un catre abajo del árbol y él se acostó. El caballo lo ató al palenque. Y él estaba muy cansado y se durmió. Entonces, cuando él se despertó, había dormido cuarenta años. 'Taba muy barbudo, el pelo muy crecido, las uñas largas.

Y él se despertó y miró para todos lados. Todo 'staba igual. Y el caballo 'taba atado en el palenque, 'taba gordísimo, a pesar de 'star en lo limpio.

Entonces se arrimó la anciana y le dio la contestación para que le llevara al hijo. Y lo despidió y le dio la bendición.

Él montó en su caballo y volvió por el camino por donde había venido. Ya no había ninguna cosa que lo interrumpiera.

Entonces volvió al lugar donde lo esperaba el viejito con la contestación.

Entonces le preguntó el viejito que qué encontró en el camino. Y él le contó todo. Le dijo que encontró un río de agua clara. El viejito le dijo que ésas eran las lágrimas que redamó la madre por verlo sufrir. Le dijo que encontró un río de leche. El viejito dijo que esa era la leche que mamó cuando era niño. Le dijo que encontró un río de sangre. El viejito dijo que ésa era la sangre que redamó al tenerlo a él. Le dijo que encontró dos colgados de la lengua. El viejito dijo que eran los dos hermanos que estaban pereciendo así por la mala lengua y los malos pensamientos que tenían. Le dijo que encontró dos piedras que se golpeaban y no lo dejaban pasar. El viejito le dijo que esas piedras que se 'taban golpiando eran las comadres que se llevaban mal, porque ese sacramento era un lazo muy sagrado.

Entonces el viejito le dijo que qué quería que le pagara, si una bolsa de oro o un Dios te lo pague. Y él le dijo que la plata y el oro se acababa, pero que un Dios te lo pague dura siempre, y que él quería un Dios te lo pague. Y lo despidió el anciano y él se fue a su casa, a buscar la madre y los hermanos.

261

El primero de los hermanos tenía la bolsa de plata escondida abajo de la cama. El segundo también tenía la bolsa llena, escondida y no la había tocado porque creía que tenía oro. Ellos dos estaban en la última miseria, creyéndose con la riqueza oculta. Por avarientos, estaban descayecidos¹²⁴ de tanto que se privaban de todo.

El hermano menor tenía su pancito y el vino que no se acababan nunca y tampoco se le acababan las monedas que tenía en el bolsillo por mucho que gastaba. Cuando lo vieron así los hermanos, corrieron a ver sus riquezas: la bolsa de plata del primero, era de carbón y la bolsa de oro del segundo, era de piedras. Entonces el muchacho volvió a contarle al viejito, y el viejito le dijo que la anciana que le recibió la carta era la Virgen María, su madre, y que él recibiría el mejor premio, en la otra vida, porque en esta vida andamos de paso. Y le dijo:

-Vivirás siempre feliz porque sos avenido y bueno. No te faltará el pan ni ninguna clase de alimentos. Todos te bendecirán porque vas a ayudar al que necesita. Y todos te dirán, que Dios te lo pague y Dios te lo va a pagar. Y el anciano era Dios, porque antes Dios venía a la tierra y se aparecía

ande quera.

Ramona Andrea Quiroga, 55 años. Campo de los Zapallos. Santa Rosa. Santa Fe, 1951.

Lugareña muy buena narradora.

Nota

Nuestro cuento, antiguo en la tradición oral occidental, figura entre las versiones hispánicas que desarrollan el tema de las visiones simbólicas, de España y de América. En la Argentina tiene gran difusión. Sus motivos esenciales son:

Difusión geográfica del cuento

A. El mayor de tres hermanos sale en busca de trabajo y se emplea con un viejecito que es Dios. Le recomienda llevar una carta a la madre, que es la Virgen. Al primer inconveniente, tira la carta, regresa, miente que la ha entregada y cobra: entre una carga de plata y un Dios te lo pague, elige la plata. La plata se le convierte en carbón.

B. Con el segundo hermano pasa lo mismo.

C. El hermano menor, a su turno, toma el trabajo; es valiente, obediente y honrado, afronta todas las dificultades, llega al destino 263 indicado, que es el paraíso, y entrega la carta a la Virgen. Duerme algunos años, pero él cree que sólo han transcurrido unos instantes.

D. A su regreso relata a Dios las visiones que ha visto en el camino del cielo hasta llegar al lugar en donde está la casa: un río de agua cristalina; un río rojo de sangre; un río blanco de leche; dos peñas que se golpean; dos hombres colgados de la lengua; animales flacos en un alfalfar hermoso; animales gordos en un terreno desprovisto de pasto. Dios le da el significado de cada una de las visiones simbólicas.

E. Como pago, elige el Dios te lo pague y no la carga de plata, pero al llegar a su casa advierte que sus alforjas están repletas de dinero.

Las versiones y variantes del conocido cuento medieval de carácter cristiano y moralizador, tienen su fuente más antigua en la leyenda griega del siglo IX que nos relata la visión de San Arsenio, documentada en la *Vitae Patrum*, en la *Legenda Aurea* y en la *Gesta Romanorum*. Ver el estudio de Espinosa (II, pp. 339-343).

Pertenece al Tino general de Aarne-Thompson 750.

* Tomado de *Cuentos y Leyendas Populares de la Argentina*, de Berta Elena Vidal de Battini.

Dada la vastedad de ésta enjundiosa obra la Biblioteca Virtual Universal, sin perjuicio de presentarla en sus cinco volúmenes, adopta el método de ofrecerla también dividida para favorecer la búsqueda del lector.

En cada uno de los cuentos la autora menciona al narrador original, del cual extrajo la versión.

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

